

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 131

27 DE AGOSTO DE 1876.

AÑO III.

## LA GUERRA DE ORIENTE

### Y LA INTERVENCION EUROPEA.

Después de algunos meses de negociaciones estériles, ha fracasado por completo, como saben nuestros lectores, la obra de pacificación emprendida con gran ostentación por los tres imperios. En vez de deponer las armas, los insurrectos de la Bosnia y la Herzegovina han recibido el apoyo armado de la Sérvia y del Montenegro. La diplomacia ha ensanchado su misión por su propia impotencia, porque si ha encontrado un refugio momentáneo en la abstención, sabe perfectamente que será difícil permanecer en él siempre, y que tarde ó temprano tendrá que entrar en escena para resolver las dificultades que ha sabido prever.

No podía ser de otra manera; los Principados slavos sólo estaban retenidos por las negociaciones de los gobiernos imperiales. Mientras las potencias les han hecho abrigar la esperanza de un arreglo satisfactorio, la Sérvia y el Montenegro han contenido la impaciencia de sus pueblos. Cuando, á consecuencia de las imprudentes manifestaciones del gabinete inglés, los tres imperios dejaron conocer sus irresoluciones ó su incapacidad para obrar de común acuerdo, los dos Principados perdieron toda confianza en la acción de la diplomacia y cedieron á la corriente nacional que los arrastraba al socorro de los insurrectos.

En esta brusca determinación de los pequeños gobiernos de Belgrado y de Cettigna creen descubrir ciertas personas una intriga de una de las grandes potencias. En casos parecidos, siempre hay gentes deseosas de encontrar, en hechos que se explican perfectamente por sí mismos, razones ocultas y causas secretas; gentes que sólo ven en los Estados á los gobiernos y nunca á los pueblos; gentes que consideran la política como un tapete verde ó un juego de ajedrez, en el que algunos diplomáticos juegan con peones inanimados y piezas de madera insensibles que mueven á su voluntad. Si hay un país respecto del cual sean radicalmente falsas estas limitadas y mezquinas apreciaciones, es precisamente el Oriente, esos Principados cristianos siempre impacientes por sacudir el yugo musulmán. En esos países jóvenes é incompletos, los gobiernos resisten ménos que en otras partes la pre-

sion popular. Para entrar en campaña la Sérvia no tenía necesidad de ceder al consejo de ninguna potencia; no tenía más que dejarse ir y descender la pendiente en la cual han tratado en vano de detenerla durante un año próximamente. La verdad, en este punto, se encuentra más bien en una caricatura del *Punch* de Lóndres, que representaba un ruso conteniendo á dos ó tres dogos que querían lanzarse contra un turco. Si las potencias han animado en sus resoluciones al gobierno sérvio, no ha sido seguramente con instrucciones secretas de San Petersburgo ó de Berlin, sino con el espectáculo de su propia indecisión, de sus dudas y de su falta de dirección y de política en común. Viendo á la Europa tan incapaz de acción y eficacia en la Herzegovina y en la Bosnia, el gobierno de Belgrado podía creer que ántes y después de su entrada en campaña, la política de observación sería para los tres imperios, y para toda la Europa, la más fácil y quizá la única posible. Una excitación involuntaria é indirecta de esta especie era muy bastante para gobiernos que si resistían más tiempo á los llamamientos de los insurrectos de la Turquía, se exponían ellos mismos á ser víctimas de otra insurrección.

La Sérvia y el Montenegro no se parecen en nada á las grandes potencias, que tienen que atender á tantos intereses morales y materiales, ni á los pequeños Estados de la Europa central, que todo lo temen y nada pueden esperar de la guerra. Los Principados dependientes de la Turquía, y especialmente los Principados sérvios, no son más que embriones de Estado, y, por decirlo así, larvas de pueblos condenados á engrandecerse y metamorfosearse en naciones, ó renunciar á vivir. En tales países existe para el pueblo un programa permanente, indicado por la historia, por la naturaleza, por el nombre mismo del país, programa al cual no pueden sustraerse impunemente los gobiernos. Para estos Estados hay un camino marcado, una vía trazada de antemano, y los príncipes ó los ministros que cuando llega la ocasión rehusan seguir la ruta impuesta, tienen que dejar de reinar ó gobernar. Habiendo llegado á su apogeo la exaltación de los sérvios, el joven príncipe Milano tenía que elegir entre los riesgos de un destronamiento sin provecho para el país, ó los peligros de la guerra. Los insurrectos bosniacos tenían ya en sus filas un pretendiente, un competidor que, en caso de duda del



príncipe Milano, hubiera tomado su lugar en Sérvia como en Bosnia. Una vez declarada la Sérvia, el príncipe de Montenegro sólo podía esperar, si se empeñaba en guardar neutralidad, la suerte de los príncipes italianos que habían permanecido neutrales durante las guerras nacionales del Piámonte y de Austria. Y no solamente los príncipes hubieran abdicado permaneciendo inactivos, sino que la Sérvia y la Montaña Negra habrían también abandonado su misión de promotores de la independencia nacional, faltando al noble deber que les imponen los slavs del Sur.

La misma rivalidad de los dos Principados, ambos deseosos de servir de cabeza á la Sérvia del porvenir, no les permitía quedarse rezagados. La mutua envidia que, después de la declaración de guerra podía impulsarlos á una acción aislada, les obligaba en el principio á una acción simultánea. Si la Rumanía y la Grecia pueden prescindir de tomar parte en la lucha, es porque la causa que se debate en este momento, más que la de los cristianos de Turquía, es la causa de los sérvios, de los slavs, con los cuales griegos y rumanos tienen natural antagonismo. Además, no viendo la Rumanía más al Sur del Danubio grupos compactos de población rumana, tiene poco que ganar en una lucha contra los turcos; y la Grecia, por su parte, teniendo á su alcance los griegos de Thesalia y del Epiro, tiene que temer una intervención de la Europa ó de Inglaterra, tanto por su cualidad de potencia soberana, como por el desarrollo de sus costas, que la dejarían expuesta á demostraciones navales que no pueden sufrir Estados continentales como la Sérvia y Montenegro. A pesar de todos estos motivos de neutralidad, la Grecia y la Rumanía se lamentarían de permanecer ajenas á la lucha, en el caso de que una derrota de los turcos pudiese haberles ofrecido fáciles éxitos; y ya uno y otro gobierno intentan aprovechar las dificultades del Divan para obtener concesiones que producirían nuevas restricciones á la soberanía otomana.

Quizá se han precipitado algo la Sérvia y la Montaña Negra en interés de su causa; quizá hubiesen hecho mejor en esperar que la Puerta hubiera demostrado á todos su impotencia para reformarse. Después de un año entero de paciencia, los dos países han cedido á un movimiento de precipitación del que quizá tengan que arrepentirse. Esto es verdad, pero también lo es que esperar un año es ya mucho para semejantes gobiernos, y á países de esta clase no pueden aplicarse las reglas generales de la política. Lo importante para estos pequeños pueblos, para estos Estados en vía de formación, es demostrar vida, afirmar su existencia, mantener ante todo su renombre y el prestigio nacional, que constituye su fuerza moral. Es preciso no olvidar

esta razón: Estados como éstos sólo pueden obtener ganancia mostrándose resueltos, hasta el punto de que lo mismo el éxito que el fracaso puede llevarlos á la larga al resultado que desean. Vencedores, triunfan en el presente; vencidos, sacan de su derrota fuerzas para el porvenir. En los últimos años se ha observado que, aun frecuentemente derrotadas, la Cerdeña y la Italia marchaban constantemente hácia su objeto, lo cual no se debía solamente á la habilidad de la política italiana, sino más bien á que la Italia tenía en su favor la corriente de las cosas, el espíritu del siglo y hasta la naturaleza. El acontecimiento de Novara, juzgado por el criterio de una fría política, no fué más que un acto de locura, y, sin embargo, Novara ha sido una de las principales etapas que en veinte años han llevado la casa de Saboya desde Turin al Quirinal.

¿Qué es lo que puede hacer Europa en presencia del conflicto turco-sérvio? Seguramente esta guerra, en la cual se había dejado de creer en fuerza de anunciarla doce meses seguidos, esta guerra tan repentinamente emprendida, es para Europa una desagradable y peligrosa empresa. No puede decirse lo que saldrá del conflicto oriental, si la diplomacia, que no ha sabido prevenirlo, no sabe tampoco localizarlo. Para poner término á sus inquietudes, Europa no tiene más que continuar la política negativa que ha seguido hasta el presente. Antes de la guerra, la política de intervención podía ser la mejor, la única propia para prever la explosión del incendio; rotas las hostilidades y existiendo diferentes apreciaciones é intereses en los Gobiernos europeos, la política de abstención es la más propia para impedir el contagio del mal. Si quieren conservar la paz, las potencias no tienen más que permanecer simples espectadoras de la lucha, salvo intervenir á su fin como mediadoras entre las partes hostiles, para facilitar, si no para arreglar, las condiciones de una paz duradera. Esta conducta parece hoy menos egoísta de lo que hubiere parecido ántes, y quizá las grandes potencias podrán estar acordes entre sí hasta el fin en este terreno. Semejante actitud es, por otra parte, la más conforme á los convenios diplomáticos. Uno de los ministros considerados como más favorables á Turquía, lord Derby, lo ha declarado en el Parlamento inglés. Ni el tratado de París de 31 de Marzo de 1856, concluido entre las seis potencias, ni el tratado subsiguiente de 15 de Abril del mismo año, firmado aisladamente entre la Gran Bretaña, Austria y Francia, obligan á las potencias garantes de la integridad y de la independencia del Imperio otomano á intervenir en las circunstancias presentes. Estando la Sérvia y el Montenegro bajo la soberanía de la Puerta, se trata de un asunto interior entre los vasallos y el soberano, y, por lo tanto,



los signatarios de los tratados de 1856 no tienen para qué mezclarse en los asuntos interiores de la Turquía.

El criterio del *Foreign Office* es el mismo, por diferentes razones, que el de las demás grandes naciones, y especialmente los tres imperios. La entrevista de los emperadores de Austria y de Rusia ha tranquilizado bajo este punto de vista á Europa. Los dos Gobiernos que por situacion y por tradicion tienen acerca de Turquía los criterios más diversos, se han puesto de acuerdo afortunadamente para no intervenir en el conflicto turco-sérvio. Es verdad que, fuera del deseo igualmente sincero de mantener la paz, este acuerdo de las dos grandes potencias parece en cada una de ellas fundado en motivos diferentes. Conocidos la política y los sentimientos de Austria-Hungría, fácil es calcular que esta potencia teme la formacion en su frontera meridional de un gran Estado sérvio que pudiera servir de centro de atraccion á sus slavos del Sur. Miétras los turcos puedan dominar á los elementos de este futuro Estado, la abstencion cuesta muy poco al Gabinete de Viena. Otra cosa sucedería si los sérvios debieran triunfar; entónces las complicaciones vendrían del lado de la Hungría. El criterio de la Rusia es ménos claro y ménos limpio. Hace algunas semanas, en Inglaterra y en el continente se acusaba á los rusos de incitar bajo mano al Gabinete de Belgrado á la guerra. Todos se obstinaban en ver detras de la Sérvia á la Rusia, á quien se suponía dispuesta á prestar ayuda á los slavos de Turquía á riesgo de encender una conflagracion general. Hoy que el Gabinete de San Petersburgo tiene ocasion de demostrar la sinceridad de sus seguridades pacificas, los mismos hombres y los mismos periódicos le acusan de haber fomentado frecuentemente las esperanzas de los sérvios sin desearles el éxito. Si se han de creer estas apreciaciones, la Rusia no desea más que el Austria el triunfo de los sérvios y la constitucion de un gran Estado slavo que disminuiría su influencia en Oriente y podría un dia ser obstáculo á sus tendencias acerca de Turquía. Así que, de cualquier manera que sea, ya aconseje Rusia la intervencion ó la abstencion, ya parezca dispuesta á recurrir á las armas ó á ser la guardiana de la paz, Rusia ve su conducta explicada siempre por los mismos cálculos y sus actos más opuestos ocasionados á suscitar las mismas sospechas.

Las secretas divisiones de la Europa y el justo temor de dar publicidad y aumentar estas divisiones al intentar ejercer una accion comun, aconsejan á todos los Gobiernos amigos de la paz la abstencion más completa. Ciertamente, en presencia de los excesos ya cometidos, ante el carácter bárbaro que puede revestir una guerra turca, la no intervencion

de la Europa es una confesion de su impotencia; y, sin embargo, bajo el punto de vista de la política racional, bajo el punto de vista científico, digámoslo así, la política de no intervencion en apariencia negativa es la más prudente y la más fecunda. Dejar solas á las razas y á las religiones que se disputan la península de Bálkans, contemplando, sin mezclarse en ellas, esas luchas salvajes, es poner pueblos rivales ó cultos hostiles en la precision de dar pruebas de su fuerza y de su vida; es obligarles á que demuestren cuál es más capaz y más digno de reinar. El procedimiento quizá sea cruel y poco conforme con la humanidad y el espíritu de la civilizacion; pero en cambio es el más conforme á las leyes naturales. Solos los dos adversarios, la fuerza será la que venza, pero en tales circunstancias podría decirse que la fuerza y el derecho estaban de acuerdo y no formaban más que una causa. En esto no puede haber ninguna especie de materialismo político: entre dos pueblos ó dos cultos que habitan juntos el mismo suelo y no pueden ser siempre separados por una frontera política, el mando pertenece naturalmente al más fuerte, al que lo es por el número, por la energía ó por la inteligencia, porque entre las naciones el valor intelectual y el valor moral son tambien factores de la fuerza. En estos conflictos de razas y de pueblos mezclados en el mismo suelo, la lucha puede ser muy bien el juicio de Dios y el medio mejor y más equitativo de resolver los antagonismos. Verdad es que á este terrible juicio de la fuerza sería preferible un arbitrio pacífico; pero, ¿dónde encontrarle? ¿Sobre qué se ha de fundar la sentencia y cómo se ha de ejecutar? A estas querellas de nacionalidades se ha aplicado en nuestro siglo más de una vez el procedimiento admitido en las luchas políticas interiores, el procedimiento que decide entre los diferentes partidos de una nacion; en una palabra, el voto, el sufragio. Por desgracia este procedimiento, que sería el más sencillo y el más justo, no se acepta siempre por los interesados, y hay casos tan complejos, casos en que se trata de pueblos de tal modo mezclados ó de razas tan desiguales, que entónces, aunque se admitiera el voto, este sería un medio poco equitativo de resolver el problema. A falta de la voz popular, á falta del voto pacífico, sólo quedan para resolver tales cuestiones el sufragio armado y el voto de los cañones.

Bajo el punto de vista racional, bajo el punto de vista del derecho abstracto, la fuerza en tales circunstancias no sería más que la manifestacion exterior de la superioridad, y por lo tanto la marca del derecho, pero á condicion de que los dos adversarios estén igualmente armados, igualmente abandonados á sí mismos, y que la lucha se circunscriba verdaderamente á los interesados; á los



habitantes del país disputado. Para que una prueba de esta naturaleza sea moralmente equitativa, sería preciso que los dos adversarios estuviesen realmente encerrados en el campo que se disputan y que ambos tuviesen la obligación de sacar de él los recursos. De otra manera las condiciones de la lucha son desiguales y se falsea la balanza. Entre los turcos y los slavs, entre los musulmanes y los cristianos de la península de Balkans, para que el combate pueda producir una demostración de la superioridad y del derecho de uno de los combatientes, debería localizarse la lucha á la península que se disputa, á la Turquía Europea. Las cosas están muy lejos de suceder así: si los cristianos están obligados á agotar todas sus fuerzas en las regiones que reclaman, no sucede lo mismo á sus adversarios. Asia y África envían refuerzos á los musulmanes de Europa contra los cristianos de la Turquía Europea. De sus posesiones asiáticas ó africanas saca la Turquía el grueso de sus fuerzas contra sus súbditos ó sus vasallos europeos. Bajo el punto de vista científico, bajo el punto de vista geográfico ó etnográfico, hay en esto una verdadera intervención de Asia y de Africa en los destinos de la Europa oriental. Sin esta intervención siempre renovada, la cuestión estaría resuelta hace mucho tiempo y el derecho de las poblaciones cristianas estaría ya establecido por sus mismas victorias. Decir que la lucha actual es la consecuencia de las antiguas luchas entre Europa y Asia, que es una de las escenas del último acto de un drama cerca de treinta veces secular, es caer en un raciocinio que se ha hecho muy vulgar, y sin embargo, la guerra actual no es otra cosa; es un esfuerzo de las poblaciones europeas para sacudir la dominación asiática. En este concepto, y bajo este punto de vista, que es el estrictamente verdadero, ya puede calcularse cuál de los dos adversarios podría contar con el apoyo y el socorro de Europa, y cuál puede felicitarse más de su neutralidad.

No es solamente el peso de las armas de Asia lo que en esta guerra con sus vasallos europeos puede echar la Puerta en la balanza, sino también el peso del oro de Europa. Hay un hecho poco observado, y que sin embargo debe jugar un gran papel en la lucha actual, falseando y desnaturalizando su resultado. Los armamentos de Turquía, el equipo de sus tropas, sus cañones de acero y sus buques acorazados, los ferro-carriles que desde Constantinopla y Tesalónica llevan sus soldados á los confines de la Sérvia y del Montenegro, todo esto se lo hemos suministrado nosotros; todo esto, puede decirse, se lo ha dado gratuitamente la Europa por medio de numerosos empréstitos suscritos en Occidente y hoy en estado de suspensión de pagos. Oyese hablar frecuentemente de los débiles socor-

ros enviados á los sérvios ó á los insurrectos de la Herzegovina por los slavs de Austria ó los comités rusos. Para no violar la neutralidad respecto á Austria, se ha prohibido la formación de comités, que hubieran podido reunir algunos miles de francos para los cristianos de Oriente. Si se autorizan suscripciones para los heridos de la guerra, los productos deben ser para los heridos de ambos campos. En todo esto no hay más que un fantasma ó una comedia de imparcialidad. Sólo se aparenta olvidar una cosa, los millones de millones anticipados á Turquía por Francia é Inglaterra. ¿A dónde ha ido á parar todo ese dinero? Al ejército y al serrallo del Sultan. El verano último, cuando ya había estallado la insurrección de la Herzegovina, y en el momento en que al desmentirla meditaba su bancarota, el Divan arrojó en el mercado francés el saldo de sus obligaciones de 1873, y reducía sus intereses aun antes de haberlos pagado una vez siquiera. La Europa puede pretender ahora apariencias de neutralidad, pero realmente ha intervenido con su dinero grandemente en provecho de Turquía, y si la Puerta triunfa en la lucha actual, lo deberá al apoyo de Francia y de Inglaterra, como en la guerra de Crimea. No es necesario demostrar hasta qué punto una intervención financiera de esta clase hace poco equitativas las condiciones de la lucha actual. Contra los turcos, equipados á costa de Europa y por ésta provistos del nervio de la guerra, los sérvios combaten manifiestamente con armas desiguales. Entregados á sí mismos, á sus recursos y á sus rentas, los otomanos no poseerían hoy el ejército, la armada y el material de que disponen. Una sola observación puede hacerse: las dilapidaciones de la administración turca han agotado el tesoro, alimentado por los empréstitos, y como la intervención de los capitales europeos no se reproducirá en mucho tiempo, la Turquía quedará abandonada á sí misma, y las condiciones de la lucha entre turcos y cristianos serán tarde ó temprano menos desiguales.

Tal como ha empezado la guerra entre los turcos y los sérvios es manifiestamente desproporcionada; y los resultados no podrían ser aceptados como la medida de la capacidad ó de las fuerzas de los adversarios. Los sérvios son la rama más belicosa de la raza slava, y quizá la población más guerrera de toda Europa; pero la Sérvia y el Montenegro reunidos no tienen dos millones de habitantes. Son países pobres, que carecen de los recursos financieros é industriales necesarios para la guerra moderna. En campo raso todas las ventajas son de la Turquía, ricamente provista y armada con ayuda de los capitales cristianos. Lo sorprendente es que al principio de la campaña no hayan sido más rápidos y más completos los triunfos de los turcos. Para



triunfar necesitarían los sérvios refuerzos en el territorio enemigo, una insurrección de los búlgaros como la de los bosnios. Para provocar un levantamiento, los sérvios han diseminado sus fuerzas, han atacado á la vez por todas sus fronteras y han intentado obrar con rapidez. Para sofocar todo movimiento búlgaro, los turcos han recurrido al sistema de la intimidación preventiva y de la devastación sistemática, han entregado la región de Balkans á los bachi-buzuks y á los tcherkesses, que han quemado centenares de pueblos y aniquilado millares de hombres desarmados de antemano.

Cualquiera que sea la actitud del pueblo búlgaro, tan paciente como laborioso; cualesquiera que sean los éxitos ó reveses de los sérvios, abandonados á sí mismos, es evidente que reveses ó éxitos pueden no tener la misma importancia para ambas partes beligerantes. Vencidos en el campo de batalla, los turcos se verán obligados á abandonar á sus adversarios el territorio que les disputan. Batidos en campaña regular, los sérvios y montenegrinos, en vez de pedir la paz ó un armisticio, pueden continuar la lucha en sus montañas ó en sus selvas. Las partidas reemplazarían á los cuerpos de ejército, la guerra de emboscada á la guerra militar, y numerosos ejemplos demuestran lo que en países accidentados, en pueblos de costumbres sencillas, pueden durar luchas semejantes. Podría suceder así, que, aún siendo vencedores, los turcos fuesen incapaces de triunfar enteramente de sus adversarios; y podría suceder también que después de diferentes victorias ninguna de las dos partes estuviese en estado de imponer sus condiciones al enemigo. Para poner fin á las hostilidades no habría entonces más recurso que una intervención ó por lo ménos una mediación de Europa.

De todos modos, será muy difícil á Oriente recobrar la paz sin la ayuda de la diplomacia extranjera. En el curso de la lucha pueden surgir complicaciones accesorias, y á los inconvenientes de una guerra nacional pueden añadirse trastornos políticos. En cada uno de los países beligerantes, en Belgrado como en Constantinopla, una revolución al día siguiente de un desastre podría agravar repentinamente las consecuencias de la derrota. En todo caso, habrá al fin de la lucha un vencedor que moderar, arreglar que adoptar y condiciones de paz que sancionar, todo lo cual no puede hacerse sin el concurso de la Europa, sin la ayuda de las seis potencias que han tomado parte en el Congreso de París. Si, por imposible que parezca, los sérvios llegaran á triunfar de los turcos, la Europa cristiana no podría volver á colocar bajo el yugo musulmán los cristianos libertados por las armas de la Sérvia y el Montenegro. A pesar de todas las tendencias de Austria-Hungría, sería muy difícil quitar á la Sérvia

y á la Montaña Negra todo el fruto de sus victorias. La diplomacia contemporánea ha adquirido la costumbre de tener siempre muy en cuenta los hechos consumados. La dificultad para ella sería encontrar un compromiso entre las aspiraciones nacionales de los sérvios y las justas susceptibilidades de Pesh y de Viena; por difícil que parezca esta misión no es impracticable. Si, como es probable, los otomanos, armados á expensas de Europa, vencen á los sérvios, la misión de la diplomacia sería más sencilla y las complicaciones próximas ménos sensibles. Una victoria de los turcos puede preparar á Europa para nuevas y serias dificultades en un período no lejano. Todas las cuestiones planteadas por la última insurrección se refieren á la situación de los cristianos y á la mala administración de la Puerta, y reaparecerán pronto, agravadas por la victoria misma del Diván, que revelará claramente la impotencia de Turquía para reformarse.

Si vencen el Montenegro y la Sérvia, sacarían buen partido de sus victorias; pero si son vencidos no podrían disminuir sus derechos de Estados ó su territorio nacional. Si hay en esto una contradicción aparente y una parcialidad manifiesta, la culpa es de las cosas mismas, de la situación recíproca de la Turquía y de sus adversarios. Estos últimos son, como hemos dicho, pequeños Estados embrionarios que tienen mucho que ganar y poco que perder en la guerra; la Turquía, por el contrario, tiene mucho que perder y nada que ganar. Todo lo que la Puerta puede conseguir es detener el engrandecimiento de los Estados slavs, impedir su crecimiento natural, pero no suprimirlos ni mutilarlos. El motivo de la lucha son las provincias insurrectas, la Bosnia y la Herzegovina; pues bien, derrotada la Turquía las perderá; victoriosa, las conservará hasta una próxima insurrección. El mejor resultado que el Diván puede sacar de la guerra es mantener bajo su dominación directa los países que quieren emanciparse. Esta desigualdad de las condiciones de la victoria entre los turcos y los cristianos es el resultado de las cosas, la consecuencia de la civilización y aún de la misma naturaleza. Los triunfos de los turcos sólo producirían en Europa un efecto suspensivo, un efecto dilatorio, el mantenimiento del *statu quo* que, aunque ha durado siglos, será desde hoy necesariamente provisional. La victoria de los cristianos puede resolver definitivamente la cuestión en litigio ó anticipar su solución; la victoria de los turcos no haría más que aplazarla.

La civilización, el cristianismo y el espíritu liberal del siglo se oponen á que se deje refluir la dominación turca sobre países de que se ha retirado; pero la política y el egoísmo bien entendido de Europa, y, sobre todo, de Occidente, se oponen con más fuerza todavía á que siga el estado actual de



cosas. La existencia de la Sérvia y del Montenegro está garantizada, más que por la protección de Rusia, por el interés de la paz y del equilibrio europeo. Europa puede quejarse cuanto quiera de esos pequeños Estados turbulentos y ambiciosos, pero no puede pasarse sin ellos. Su desaparición dejaría un vacío que nada podría llenar. Borrada del mapa oficial de los Estados europeos, la Sérvia se levantaría al cabo de algunos años, como ya se ha levantado al principio de este siglo; y si aplastada por los turcos cayera sin fuerzas, ¿a quién aprovecharía su caída? ¿A la Turquía? ¿A Austria-Hungría? Era preciso estar ciego para creer esto de buena fe. La destrucción de la Sérvia sólo aprovecharía, á la larga, á la influencia rusa. Rusia llegaría á ser entonces, forzadamente y aun á pesar suyo, el único abrigo, el único puerto de refugio de los slavs del rito griego, desprovistos de todo centro nacional. El panlavismo, que no era más que una palabra vana y un espanta-muchachos para uso de los alemanes y los húngaros, se convertiría con la desaparición de los Estados sérvios en una peligrosa realidad. Los más interesados en el mantenimiento de la autonomía de los Principados slavs no son los rusos, sino los pueblos y las políticas que tienen, sobre todo en Oriente, la preponderancia de la Rusia.

ANATOLIO LEROY-BEAULIEN.

### MONOGRAFÍAS EXPOSITIVO-CRÍTICAS.

AL SEÑOR D. GUMERSINDO LAVERDE RUIZ,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA

EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ETC.

Mi carísimo amigo y paisano: Una vez terminado el incidente que vino á torcer el hilo de nuestra literaria correspondencia, hora es ya de continuar las indicaciones *de re bibliographica*, extendiéndolas hoy á las *monografías expositivo-críticas*, segundo medio de fomentar el cultivo de la ciencia española, y medio aun más útil y seguro que el de los diccionarios bio-bibliográficos. Pero ante todo debo reparar tres omisiones que noté en mi segunda carta al releerla.

Pasé en silencio los *elogios en verso* de escritores españoles, no muy recomendables en clase de poesía, ni propiamente trabajos eruditos, pero de utilidad suma, dado el gran número de ingenios que sin estas letanías hubieran quedado en olvido. Nombrando sólo las que conozco, recordaré algunas octavas de la bella imitación que hizo Boscán del *Templo de amor* del Bembo, sin las cuales no tendríamos hoy noticia del poeta barcelonés Gual-

bes y del andaluz Haro; el canto 38.º del *Cárlo famoso*, de Luis Zapata; la *Casa de la Memoria*, de Vicente Espinel; el *Viaje de Samnio*, de Juan de la Cueva; el *Canto del Turia*, de Gil Polo; el *de Caliope* y el *Viaje del Parnaso*, de Cervantes; el *Laurel de Apolo*, el *Jardín* y algunos trozos de la *Jerusalem*, de Lope de Vega; la epístola de cierta señora peruana á Diego Mejía, acerca de los poetas de aquellas regiones; la *Aganipe de los cisnes aragoneses celebrados en el clarín de la Fama*, peregrino poema del cronista Andrés de Ustarróz; la *Elegía in priscos et celebres Valentini Regni poetas*, del docto helenista Vicente Marinér; los *Epigramas* latinos del P. Tomás Serrano en loor de españoles ilustres; el *romance endecasílabo* de Gonzalez Posada, en alabanza de diversos poetas asturianos; otro de D. J. Julian de Castro, famélico coplero del siglo pasado, en que se refieren los nombres de gran número de dramáticos españoles, buenos y malos; y otros y otros que en este instante no recuerdo. No ha de dudarse que estos catálogos son utilísimos, puesto que sólo en el *Laurel de Apolo* se mencionan más de 300 poetas, lo cual no es un grano de anís para el investigador curioso. Y sube de punto el interés de semejante mina bibliográfica, si agregamos los comentarios que algunos de estos registros poéticos han merecido, especialmente las preciosas, extensas y eruditísimas notas de Cerdá y Rico al *Canto del Turia*, y las más breves, pero no ménos ricas en noticias, de La Barrera al *Canto de Caliope* y al *Viaje del Parnaso*, y de Rossell al *Laurel de Apolo* (1). Aun en el siglo XV encontraríamos algun ensayo, si bien harto breve, de este género de poéticas coronas, á cuyo lado deben ponerse ciertos escritos en prosa, muy semejantes en la índole, cuyo primer modelo fué la carta ó *prohemio* famosísimo del Marqués de Santillana.

Entre las bibliografías que faltan, y conviene que se formen, omití las relativas á un solo escritor, cuando por el gran número de ediciones, comentarios, críticas y escritos relativos á su persona, ó por haber fundado escuela y tenido numerosos secuaces, merece estudio y libro aparte. En este caso se hallan, por lo que á nosotros toca, Séneca, Averroes, Raimundo Lulio, Suarez, Cervantes y alguno más. La *Biblioteca cervántica*, ya preparada por gran número de trabajos parciales, saldrá poco ménos que perfecta de manos del infatigable, erudito y entusiasta cervantista barcelonés D. Leopoldo Rius, que ha dado en la *Crónica* de Cádiz una exposición del plan que se propone seguir en sus tareas. No ha podido caer en mejores manos la empresa: el

(1) En la *Crónica de los Cervantistas*, que en Cádiz ve la pública luz, ha insertado el Sr. Mainez algunas muestras de las anotaciones que prepara á los dos *elogios* de Cervantes.



amor del Sr. Rius á su asunto y la riqueza asombrosa de ediciones de Cervantes que ha logrado reunir en su biblioteca, sin rival en Europa, nos aseguran un pronto y feliz desempeño.

¡Ojalá pudiéramos abrigar igual esperanza respecto á las bibliotecas *senequista*, *averroista* y *suarista*! ¿Para qué eruditos estará guardado el dar feliz remate á tan gloriosas aventuras? Desdichadamente hoy nos gusta más discutir sobre el *positivismo* que revolver libros viejos.

Se me olvidó, por último, hacer mérito de la *Biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica*, compuesta en el siglo XVII por Leon Pinelo, y continuada en el pasado por D. Andrés Gonzalez de Bácia, de la *Económico-política* de Sempere y Guarinos, y del *Specimen bibliothecae hispano-maiansianae*. Suplidas ya del modo posible las omisiones que cometí, y que de fijo no serán las únicas en la referida carta, paso á tratar en esta del segundo punto de nuestro sermón, ó sea de las

#### MONOGRAFÍAS EXPOSITIVO-CRÍTICAS.

Reunidos, clasificados en alguna manera, y aún juzgados brevemente los materiales por el bibliógrafo, se ofrece una nueva y más importante tarea, el estudio detenido y formal de cada una de las secciones y de cada uno de los escritores, y de su espíritu, doctrinas y significación histórica; obra propia del crítico, destinada por su índole á ser más leída y ejercer mayor influencia en el común de las gentes, y aún entre los sabios no bibliófilos, que los catálogos y diccionarios de que hasta ahora he venido hablando. En esta parte podemos decir con dolor que *casi todo* está por hacer en España, mucho más si tenemos en cuenta el gran número de tales obras, tan útiles como agradables, que poseen las principales literaturas extranjeras. No hay escritor inglés acerca del cual no se hayan publicado en su patria innumerables estudios, unos simplemente biográficos, otros críticos, no sólo de todas, sino de parte de sus producciones: no hay autor francés, por mediano é insignificante que á los extraños parezca, que no haya dado ocasión á proliferas investigaciones y minuciosos análisis, que á veces rayan en lo ridículo. ¿Quién será capaz de enumerar los estudios sobre Lafontaine, Corneille, Racine, Molière, Pascal, Voltaire, Rousseau, que cada día y en todas formas aparecen? ¿Quién contará los trabajos á que ha dado motivo el bueno de Rabelais, ídolo del Sr. Revilla? Hasta Beaumarchais, autor de dos sainetes interminables, en que es más lo impertinente y chocarrero que lo chistoso, da asunto á un muy curioso y bien escrito libro de L. de Lomenie. Y no sólo á la propia literatura se dirigen los trabajos de la erudición y de la crítica fran-

cesa, sino que se extienden á las extranjeras y aún más á la clásica, siendo muy dignos de recordarse en este concepto los estudios de Patin acerca de *los trágicos griegos y la poesía latina*; los de Deschanel sobre *Aristófanes*; el libro de Guillermo Guizot relativo á *Menandro*; los de Chaignet sobre *Pitágoras y Platon*; el de Ravaisson de *la Metafísica* de Aristóteles; el de Barthelemy-Saint-Hilaire sobre el *Organun*; los *Estudios* de Saint-Beuve sobre *Virgilio y Quinto de Esmirna*; la *Historia de Horacio y sus obras*, de Walckenaer; los *Poetas latinos de la decadencia*, de Nisard; los *Moralistas romanos del imperio*, de Martha; y otros libros semejantes, señalados unos por la erudición, otros por la crítica y muchos por la amenidad y ligereza del estilo, que en ocasiones les quita algo de su valor científico. Pero no ha de dudarse que son muy útiles y laudables los ensayos hechos para popularizar la erudición por medio de monografías como *el Triunvirato literario del siglo XVI* (Justo Lipsio, José Escaligero y Casaubon), y *los Gladiadores de la república de las letras*, de Nisard; trabajos concienzudos, en especial el segundo, no obstante su forma agradable y modesta.

Pero en España, ni las monografías ligeras ni las pesadas abundan, y por demas está decir que las pocas existentes se refieren á cosas nacionales; pues nadie tiene vagar para ocuparse en erudiciones extrañas, y los mismos filósofos y literatos germanescos y afrancesados harto hacen con seguir, según su expresión, *el movimiento de la ciencia*, pendientes siempre del último libro y de la última doctrina que asomen por Ultra-Puertos. Y en cuanto á lenguas y literaturas clásicas, vale más *no meneallo*, porque esto daría ocasión á largas lamentaciones que no vienen al propósito de esta carta. Nuestros sabios de Ateneo han olvidado el latín y el griego, si algo aprendieron, y en cambio se han dado al alemán con todas las potencias de su alma: los D. Hermógenes de nuestros días hilan más delgado que el de la *Comedia Nueva*; en zend y en sanscrito suelen ser eminentes, si hemos de atenernos á su honrada palabra; no citan en griego la *Poética* de Aristóteles, pero recitan *slokas* del *Ramayana*; no hablan de la *prótesis* y de la *epítasis*, sino del *nirvana* y *mazdeísmo*; saben al dedillo las leyes de Manú y los preceptos de Zoroastro, y de los concilios buddistas entienden más que del Concilio de Trento. No es maravilla, pues, que anden tan de capa caída ciertos estudios en la patria de Vives y Sepúlveda, de Nuñez y del Brocense; nada tiene de extraño el que, para vergüenza nuestra, apenas contemos en el período contemporáneo *tres ó cuatro* monografías relativas á asuntos de literatura griega y romana, cuando en otros países se suceden sin interrupción las publicaciones.



En modo alguno censuraría esta indiferencia, y dírala hasta cierto punto por bien empleada, si en cambio se dirigiera nuestra actividad científica á exponer y quilatar los tesoros allegados por las generaciones literarias que nos precedieron en el suelo ibérico. Antes de estudiar lo de fuera, conviene conocer lo de casa; una vez despertada la afición á cierta clase de trabajos y de lecturas, lo demás vendría natural y fácilmente.

A pesar de no ser grande el número de las actuales monografías expositivo-críticas, háylas excelentes entre ellas, así absoluta como relativamente consideradas. No pocas han salido de plumas extranjeras, lo cual, si nos mueve á agradecimiento, contristanos más y más por el abandono sin ejemplo que en nosotros revela. Voy á formar breve catálogo de las que conozco, aunque con seguridad casi de dejar olvidada alguna, quizá de superior importancia, que, ó no ha llegado á mi noticia ó no ocurre á mi memoria en este momento.

Con el título de *La Filosofía española, indicaciones bibliográficas*, publicó el Sr. Vidart en 1866 una colección de apuntamientos acerca de nuestros filósofos, apreciable como ensayo, no *bibliográfico* (según impropriamente se intitula), sino *expositivo*. Casi igualan al libro del Sr. Vidart en extensión, y en riqueza de noticias le superan los excelentes artículos que usted, amigo mío, escribió sobre él en *La Abeja Montañesa*, periódico santanderino de grato recuerdo, y recogió posteriormente en sus *Ensayos críticos*. Son también dignos de leerse los amplios capítulos que, al fin de sus respectivos cursos latinos de Filosofía, han dedicado á reseñar la historia de la española los ilustres filósofos asturianos el P. Cuevas y Fr. Ceferino Gonzalez. Por su extensión merece aún más que estos trabajos el nombre de monografía, aunque tampoco se haya impreso aparte, el *Discurso preliminar* de D. Adolfo de Castro á su colección de filósofos españoles (tomo LXV de la *Biblioteca de Autores españoles* de Rivadeneyra).

Fuera de estas tentativas generales, y dejados en silencio, por ser más conocidos y en gran número, los libros y memorias que acerca de Séneca y otros escritores hispano-romanos vienen publicándose desde el siglo XVI, hay relativas á filósofos peninsulares las monografías siguientes:

*L'Ecole de Seville sous la monarchie des Visigoths*, par l'Abbé Bourett (Paris, 1855).

*Averroes et l'Averroisme*, de Ernesto Renan. Libro erudito y muy agradable de leer, pero lleno de graves errores é inspirado con frecuencia por un criterio torcido y falso. De desear sería que algun arabista católico emprendiese la tarea de completarle, refutando al propio tiempo sus aventuradas aserciones.

*Estudios orientales*, de Adolfo Franck. Dos de ellos versan sobre Avicbron y Maymonides. El mismo autor frances ha publicado un libro titulado *La Kábala*, muy superior á la *Kaballa denudata* del baron Knor de Rosenroth, contemporáneo de Leibnitz, y cuya materia es en gran parte judaico-española.

*Extractos de LA FUENTE DE LA VIDA de Salomon ben Gabirol* (Avicbron).—*Misceláneas de filosofía arábica y judaica*, de Munck. Al mismo se debe una excelente version francesa, con eruditas ilustraciones de *El guía de los extraviados*, obra capital de Maymonides.

*Maymonides y Spinosa*. Estudio de Emilio Saisset, en la *Revista de Ambos Mundos* de 15 de Enero de 1862 (1).

*Jehudá-Há-Leví*. Monografía alemana de Gugenheimer (Hamburgo, 1850). Los cantos de este gran poeta toledano á la par que profundo filósofo, cuyo libro de *El Kuzari* puso en castellano Jacob de Avendaña, han sido traducidos al alemán por Daumer.

Existen otros estudios alemanes sobre filósofos judíos españoles; pero ni sus títulos ni los nombres de sus autores han llegado á mis oídos. Exceptúo los de Geiger y Sachs, mentados en un reciente discurso por el Sr. Valera.

*Las doctrinas del doctor iluminado Raymundo Lulio*, por D. Francisco de P. Canalejas (Madrid, 1872). A este precioso opúsculo, en que sólo es de censurar la brevedad excesiva, hay que agregar varios artículos concernientes á Lulio dados á luz por el Sr. Canalejas en la *Revista de España* y en otras publicaciones.

*Raymundo Lulio juzgado por sí mismo*, obra erudita, aunque sobrado *empírica*, de D. F. Weiler y Laviña (Palma de Mallorca, 1867).

*Biografía de Raymundo Lulio*, por Delecluze, en la *Revista de Ambos Mundos* de 15 de Noviembre de 1840.

*Raymundo Lulio*, por Helfferich (Berlin, 1858).

*Ramon Lull* (Raymundo Lulio) *considerado como alquimista* (Barcelona, 1870). Excelente trabajo de mi sábio amigo D. José Ramon Luanco, catedrático de química en la Universidad barcinonense (2).

*De Theologia naturali Raimundi Sabunde*, por Holberg, impreso en Halle de Sajonia.

*Raymundo Sabunde*, por D. Aquilino Suarez Bárcena, en el tomo de la *Revista de Instrucción pública* correspondiente á 1857. Por ser meramente biográfico-bibliográfico, aunque eruditísimos, omi-

(1) De artículos de revistas citaré únicamente los que por su extensión ó interes puedan figurar entre las monografías.

(2) Por no tener el carácter de monografías *expositivo-críticas* (género que puede calificarse de moderno) omito una multitud de libros que versan sobre Lulio y su doctrina.



tiré los estudios sobre Leon Hebreo y Miguel Servet, publicados por el mismo escritor en la citada revista, años de 1856 y 57.

*Vita Joannis Ludovici Vivis... à Gregorio Majansio, generoso valentino, conscripta.* Precede á la magnífica edicion valenciana de las obras de Vives, pero por su extension y mérito debe, como otras producciones análogas de Mayans, colocarse en el catálogo de las monografías.

*Vindicacion de Juan Luis Vives*, por D. Ricardo Gonzalez Muzquiz (Valladolid, 1839).

*Luis Vives en sus tres libros DE PRIMA PHILOSOPHIA combina las doctrinas de Platon y Aristóteles con las de los Padres de la Iglesia.* Tesis doctoral de D. Facundo de los Rios Portilla (1864).

*Discurso preliminar á las Obras del P. Juan de Mariana*, tomo XXX de la *Bibl. de Rivadeneyra*, por D. F. P. M. (Francisco Pi Margall). Citole en este lugar, por referirse principalmente á la filosofía del P. Mariana, que expone y juzga con elocuencia, pero torcidamente.

*Juan Huarte.*—*Diego Alvarez* (autor de una impugnacion inédita de la obra de Huarte). Estudios de D. Ildefonso Martinez insertos en el *Círculo científico y literario* (Madrid, 1854).

*Doña Oliva Sabuco de Nantes; su vida, sus obras, su valor filosófico, su mérito literario.* Tesis doctoral de D. Julian Sanchez Ruano (Salamanca, 1869).

*Dé vita et scriptis Joannis Genesisii Sepulveda commentarius.* Precede á la edicion de las obras de Sepúlveda hecha por la Academia de la Historia, y lo escribió Cerdá y Rico (Madrid, 1780).

*Francisci Sanctii Brocensis vita, scriptore Gregorio Majansio.* Al frente de las obras del Brocense en la edicion hecha por los hermanos Tournes (Ginebra, 1766).

*Biografía del Maestro Francisco Sanchez de las Brozas... Dála á luz el marqués de Morante* (Madrid, 1859). En el tomo V del *Catalogus librorum*. Hay ejemplares sueltos. Compúsola el distinguido humanista D. Raimundo de Miguel.

*Vida del P. M. Feijóo*, atribuida á Campomanes y puesta al frente de la edicion de 1774 de las obras del sabio benedictino.

Hay otra extensa crítica escrita, segun creo, por Roca y Cornet en la *Biografía eclesiástica completa* (Barcelona, 1847).

*D. Antonio Xavier Perez y Lopez*, estudio del Sr. D. Federico de Castro en la *Revista de la Universidad de Madrid* (1873).

Los libros y Memorias de Blanche Raffin, Roca y Cornet, García de los Santos, etc., sobre Balmes, y la biografía de Donoso Cortés, puesta al principio de las obras de éste por D. Gabiño Tejado, cierran la lista de los escritos de algun interes, que recuerdo, relativos á nuestros filósofos, en cuya ca-

tegoría deben contarse tambien Piquer, Forner y algun otro, de quienes haré mérito más adelante por distintos conceptos.

*Historia da Filosofia em Portugal*, por Lopez Praza.

Acerca de los teólogos ortodoxos españoles, incluso escriturarios y místicos, son poquitos los estudios que existen, cuya escasez contrasta notablemente con la inmensa riqueza del asunto. En cambio, reunen mérito nada comun casi todos.

*Elogio de Benito Arias Montano*, monografía rica en noticias y bellamente escrita por Gonzalez Carvajal, traductor ilustre de los *Libros poéticos de la Biblia*. Está inserta en el tomo VII de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

*Vida de Melchor Cano*, obra eruditísima de don Fermin Caballero (Madrid, 1871). Ocupa el 2.º tomo de la serie de *Conquenses ilustres*.

*Vida de Fr. Luis de Leon*, por D. José Gonzalez de Tejada (Madrid, 1863).

*Fr. Luis de Leon y la Inquisicion*, estudio alemán del doctor Reusche, publicado en el presente año.

*Biografía del Maestro Leon de Castro*, por don Vicente de la Fuente, en el *Catalogus librorum* del marqués de Morante. Tiráronse ejemplares aparte.

*Vida del Ven. P. Fr. Luis de Granada*, por el licenciado Luis Muñoz.

*San Juan de la Cruz*, bellissimo libro del difunto lectoral de Jaen D. Manuel Muñoz Garnica (Jaen, 1875).

*Histoire du Père Rivadeneyra*, por el P. Prat S. J. (1862).

*Les Mistiques espagnols*, por Rousselot (Paris, 1867). Sobre el mismo asunto ha publicado una serie de artículos en la *Revista de la Universidad de Madrid* el docto filósofo D. Nicomedes Martin Mateos.

*Historia de la vida de D. Félix Amat, arzobispo de Palmira*, por su sobrino D. Félix Torres Amat (con un extenso *Apéndice*).

Añádanse las varias Vidas de Santa Teresa de Jesus, en especial la compuesta por el obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes, y la publicada modernamente en Bélgica por los Jesuitas continuadores de las *Acta Sanctorum* de los Bolandos, que llena un tomo en folio, riquísimo en erudicion y crítica, y tendremos registrado casi todo lo digno de memoria que hay escrito relativamente á nuestros teólogos católicos.

Mayor ilustracion han recibido, aunque no de plumas españolas por lo comun, los *heterodoxos*, con ser infinitamente menos numerosos é importantes.

*Miguel Servet*, opúsculo anónimo, impreso en 1855.

*Michel Servet*, estudio de Emilio Saisset en la *Revista de Ambos Mundos* (1848).



*Michael Servet und seine Vorgaenger. Erstes Buch die Protestantischen Antitrinitarier vor Faustus Socin*, por Trechsel (Heydelberg, 1839).

*Relaciones entre Calvino y Miguel Servet*, libro aleman, recientemente estampado, de Tolin.

Servet ocupa tambien un lugar señalado entre los filósofos.

*History of the progress and supression of the reformation in Spain*. (Lóndres, 1829). Obra de mister M'Crie, muy incompleta.

*Historia de los protestantes españoles*, por don Adolfo de Castro. (Cádiz, 1852). Trabajo más concienzudo. Segun tengo entendido, su ilustre autor, que hoy ve las cosas por distinto prisma que cuando le escribía, se propone refundirle y ampliarle.

*Cenni biografici sui fratelli Giovanni e Alfonso di Valdesso*. Opúsculo del Dr. Bohemer que acompaña á su edicion italiana de las *Consideraciones divinas* de Juan de Valdés.

*Life and writings of Juan de Valdes otherwise Valdesso, Spanish reformer in the sixteenth century*. By Benjamin Barron Wiffen, (Lóndres, 1865). Obra notable en su línea. Va seguida de la traducion inglesa de la *CX Consideracion divinas*.

*Alfonso y Juan de Valdés*, por D. Fermin Caballero. Tomo IV de la preciosa galería de *Conquenses ilustres*. (Madrid, 1875).

*Alfonso y Juan de Valdés*. Tesis sostenida por Eugenio Stern ante la facultad de teología protestante de Estrasburgo en 27 de Noviembre de 1868.

No incluyo los *Spanish Reformers-Bibliotheca Wiffeniana* del Dr. Bohemer por ser obra más propiamente bibliográfica que *expositivo-crítica*. Por igual razon omito los muy importantes prólogos é ilustraciones de Usoz y Rio á su coleccion de *Reformistas españoles*.

De otros dos protestantes modernos hay impresas monografías, á saber:

*Life of Reverend Joseph Blanco-Whitemritten by himself wit portions of his correspondence*. By John Elapman (1845).

*D. Juan Calderon*.—¿De Usoz y Rio?—(Madrid, 1858).

Pasando ahora á la clase de humanistas, citaré, además de las de Vives, Sepúlveda, el Brocense y algun otro mentados ya, las monografías siguientes:

*Aloysia Jean Sigea et Meurse*, por Mr. Paul Alluc.

*Elogio de Antonio de Lebrija*, por D. Juan B. Muñoz, en el tomo V de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

*De vita et scriptis Alphonsi Garsiae Matamori Commentarius*, por Cerdá y Rico, al frente de las obras de Matamoros, (Madrid, 1769).

*Emmanuelis Martini Ecclesie Alonensis Decani vita... à Gregorio Majansio conscripta*. Impresa con

las *Epístolas* latinas y otros opúsculos del Dén Marti, por Pedro Wiseling (Amsterdam, 1738).

*Memorias para la vida de Luzán*, por su hijo don Juan Antonio (1789).

Completa la serie de trabajos, harto escasos por desgracia, acerca de nuestros filólogos, la excelente monografía de *Hervos y Panduro*, que formá el título 1.º de *Conquenses ilustres*, por D. F. Caballero.

Antes de entrar en el campo de la historia y de las bellas letras, mencionaré de pasada, porque no recuerdo sus títulos ni los nombres de sus autores, las *Memorias sobre Vallés, Piquer y otros insignes médicos*, premiadas por la Academia de Medicina de Madrid é insertas en *El Siglo Médico*, y los no mucho más numerosos estudios que tenemos referentes á jurisconsultos, políticos y economistas, y son:

*Vidas de los jurisconsultos*. Ordenólas nuestro eruditísimo Floranes, y existen muchas en la Academia de la Historia.

*Noticias del Dr. Alonso Diaz de Montalvo*. Tercer tomo de *Conquenses ilustres*, por D. Fermin Caballero.

*Vida de Antonio Agustin*, arzobispo de Tarragona, publicada en castellano por Mayans al frente de los *Diálogos de armas y linajes*, y en latin precediendo á la edicion completa de las obras de aquel sabio jurisconsulto y anticuario, hecha en Luca en 1772.

*De las doctrinas políticas de los españoles en la época austriaca*. Estudio del Sr. Cánovas del Castillo en la *Revista de España*.

*Memorias para la vida de Jovellanos y noticias analíticas de sus obras*, por D. Juan A. Cean Bermudez (Madrid, 1814).

*Vida de Jovellanos*. Precede á las *Obras* del esclarecido polígrafo asturiano, coleccionadas por el Sr. Necedal para la *Biblioteca de Rivadeneyra*. Se ha impreso tambien aparte en union con el *Discurso preliminar* al II tomo de la propia coleccion.

Llegamos, por fin, al terreno propiamente literario, que ha sido el mejor cultivado. A continuacion va el indice de los estudios de esta especie que ofrecen más carácter *monográfico*:

*Lucano: su vida, su genio, sus obras*. Tesis doctoral de D. Emilio Castelar (Madrid, 1857).

*Estudios sobre los judíos de España*, por D. José Amador de los Rios (Madrid, 1848). Su mayor parte es de critica literaria, á diferencia de la *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, que el mismo renombrado escritor ha dado recientemente á la estampa.

*Poesía y Arte de los Arabes en España y Sicilia*, del baron Adolfo Federico de Schack, admirablemente traducida por el Sr. D. Juan Valera (Madrid 1867 á 72).

*Les vieux auteurs castillans* (Paris, 1861).—La



*cour littéraire du Roi D. Jean II* (Ibid. 1874). Obras eruditas, discretas y amenísimas del conde de Puymaigre.

*Los Trovadores en España* (Barcelona, 1864).—*Observaciones sobre la poesía popular* (1853).—*Resenya dels antichs poetes catalans* (1865).—*De la poesía heróico-popular castellana* (1874).—Trabajos del eminente escritor catalan D. Manuel Milá y Fontanals, que ni en madurez de juicio, ni en copia de datos, ni en delicadeza de análisis, ni en sobriedad y concisión tienen superiores en nuestra literatura.

*Essai sur la littérature catalane*, por F. R. Camboliou.

*De primitivâ cantilenarum epicarum vulgo romances apud Hispanos formâ*. Tesis de Huber (Berlín, 1844).

*Darstellung der Spanischen literature in Mittelalter*, de Ludovig Clarus (1846).

*Studien der Spanischen und Portuguesischen National Literature*, de Fernando José Wolf (Berlín, 1859). Este sabio hispanista ha publicado además diversos estudios sueltos muy notables.

Ilustraciones al *Conde Lucanor*, de D. Juan Manuel, traducido al francés (París, 1854), por M. Puihisque, autor también de la *Historia comparada de las literaturas francesa y española*.

*Discurso preliminar y observaciones* que anteceden al *Romancero general*, colectado por el sabio D. Agustín Durán (Madrid, 1859). Reunidos pueden formar una excelente monografía.

*De la poesía castellana en los siglos XIV y XV*. Estudio de D. Pedro José Pidal, que sirve de introducción al *Cancionero de Baena* (Madrid, 1851).

*Elogio del arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada*, por D. Vicente de la Fuente, en las *Memorias de la Academia de la Historia*.

*Vida literaria del Canciller Pero Lopez de Ayala*, por D. Rafael de Floranes, en los tomos XIX y XX de *Documentos inéditos para la Historia de España*.

*Vida política y literaria de D. Enrique de Villena*, por D. Juan A. Llorente. Tiénese noticia de esta obra por el catálogo que de sus escritos inserta el mismo Llorente en la autobiografía que publicó en París (1818).

*Vida del Marqués de Santillana*, antepuesta por D. José Amador de los Ríos á su excelente edición de las *Obras* de aquel ilustre prócer (Madrid, 1852).

*Vida de Alonso de Palencia*. Discurso de entrada del Sr. Fabié en la Academia de la Historia.

*Vida de Gonzalo Fernandez de Oviedo*, con que encabezó el Sr. Amador de los Ríos la *Historia general y natural de las Indias*, publicada por la Academia de la Historia de 1851 á 1855.

*Don Fernando Colon, historiador de su padre*, por el autor de la *Biblioteca americana vetustísima*

(Harrise). Monografía impresa por la Sociedad de Bibliófilos andaluces.

*Progresos de la Historia de Aragon y elogios de sus cronistas*, obra comenzada por Andrés de Ustarroz. El tomo primero concerniente á Zurita fué publicado por el arcediano Dormer. El segundo permanece manuscrito.

*Biografía del P. Juan de Mariana*. Atribúyese á D. Vicente Noguera, ilustrador de la edición de la *Historia general de España* hecha en Valencia por Benito Monfort á fines del siglo pasado.

*Biografía de D. Carlos Coloma*. Discurso de recepción de D. Alejandro Llorente en la Academia de la Historia.

*Vida de Garcilaso de la Vega*, por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete (Madrid, 1850).

*Vida del Br. Francisco de la Torre*. Discurso de recepción en la Academia Española, por D. Aureliano Fernandez-Guerra, y contestación del marqués de Molins.

*Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana de los siglos XVI y XVII*, por D. Angel Laso de la Vega y Argüelles (Madrid, 1870).

*Pablo de Céspedes*. Memoria del Sr. D. Francisco Maria Tubino, premiada por la Academia de San Fernando.

*Francisco Pacheco, sus obras artísticas y literarias, en especial su libro de Descripción de verdaderos retratos, etc.*, por D. José María Asensio de Toledo (Sevilla, 1867).

*Estudio sobre Góngora*, por D. Leopoldo Egúilaz Yanguas. Todavía inédito.

*Biografía de Francisco de Rioja*, trabajo eruditísimo de D. Cayetano Alberto de la Barrera, preliminar á las *Poesías de Rioja*, edición de los *Bibliófilos españoles*. Pueden servirle de complemento.

*La canción á las ruinas de Itálica, ya original, ya refundida, no es de Francisco de Rioja*. Informe leído á la Academia Española por D. Aureliano Fernandez-Guerra é inserto en el tomo I de las *Memorias* de aquel cuerpo literario. Demuestra que el verdadero autor de dicha composición fué Rodrigo Caro.

*La Epístola moral á Fabio no es de Rioja. Descubrimiento de su autor verdadero por D. Adolfo de Castro* (Cádiz, 1875). Evidencia que la escribió el capitán Hernandez de Andrada.

*Vida de Rodrigo Caro*. Prepárala por encargo del ayuntamiento de Utrera, patria de aquel insigne anticuario, humanista y poeta, el Sr. D. Antonio Sanchez Moguel.

*Biografía del Maestro Vicente Espinel*. Tiénela dispuesta para la impresión D. Juan Perez de Guzman.

... los dos Argensolas, por Pellicer, en su *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*.



*Vida de D. Estéban Manuel de Villegas*, por don Vicente de los Rios, á la cabeza de las *Obras* de aquel ingenio, edicion de 1774.

*De la poesia lirica castellana anterior al siglo XVIII*. Discurso preliminar de Quintana á los tres primeros tomos de su *Coleccion de poesias selectas castellanas*.

*De la poesia épica castellana*. Introduccion de Quintana á su *Musa épica*.

*Vida de Ercilla*, por D. José de Vargas Ponce. Quedó inédita é incompleta. Ha aprovechado parte de sus noticias el Sr. Ferrer del Rio para el prólogo de la edicion de *La Araucana*, hecha por la Academia Española en 1867.

*Estudio sobre Balbuena*, por Lista. En la *Revista de Sevilla*, tomo III.

*Vida de D. Francisco de Quevedo y Villegas*. Discursos preliminares á las *Obras* del célebre poligrafo en los tomos XXIII y XLVIII de la *Biblioteca* de Rivadeneyra. En ellos luce su autor el Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra exquisita erudicion, método excelente y gallardísimo estilo.

*Orígenes del teatro español*, obra póstuma de don Leandro Fernandez de Moratin, dada á luz en 1830 por la Academia de la Historia.

*Discursos sobre la tragedia española*, por don Agustin Montiano y Luyando (Madrid, 1750 y 53).

*Lecciones de Literatura dramática*, por D. Alberto Lista (Madrid, 1836).

*Sobre la Tragedia española.—Sobre la Comedia*. Apéndices del Sr. Martinez de la Rosa á su *Poética*.

*Discurso sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del Teatro español* (Madrid, 1828).

*Estudios sobre Lope de Vega* (en la *Revista de Madrid*), por D. Agustin Durán, á quien se deben asimismo excelentes análisis de algunas comedias de Tirso.

*Historia de la Literatura y del Arte dramático en España*, obra preciosa escrita en aleman por el baron Adolfo Federico de Schack, de la cual empezó á publicarse en 1862, no pasando del primer tomo, una buena traduccion española hecha por el señor D. Eduardo de Mier.

*Del drama religioso ántes y despues de Lope de Vega*.—Prólogos á las *Farsas* de Lucas Fernandez y á la *Josephina* de Micael de Carvajal. Opúsculos del Sr. Cañete, que hacen desear su prometida *Historia del Teatro español ántes de Lope de Vega*.

*Discurso preliminar* al tomo de *Autos Sacramentales* de la *Biblioteca* de Rivadeneyra. Notable trozo de critica debido á la pluma del malogrado escritor D. Eduardo Gonzalez Pedroso.

*De las antiguas colecciones dramáticas españolas*. Monografia del baron Federico Halm de Münch-Bullinghausen (Viena, 1852).

*Carácter dramático de D. Juan Ruiz de Alarcon*. Discurso de entrada del Sr. Hartzenbusch en la Academia Española. El mismo ilustre literato ha colectado é ilustrado para la *Biblioteca* de Rivadeneyra las obras dramáticas de Lope, Calderon, Alarcon y Tirso.

*Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, peregrino libro compuesto por el Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y premiado por la Academia Española. Al propio literato somos deudores de la muy estimable biografia de Moreto, que encabeza las *Obras* de este preclaro dramaturgo en la tantas veces citada *Biblioteca* de Rivadeneyra.

*Life of Lope de Vega..... By Lord Holland*.—Va acompañada de otra biografia de Guillén de Castro (Londres, 1806).

*Crónica biográfica y bibliográfica de Lope de Vega*, manuscrito de La Barrera, premiado por la Biblioteca Nacional, donde se conserva.

*Vida de Tirso de Molina*. Manuscrito que perdió, segun él refiere, D. Bartolomé José Gallardo en el famoso dia de San Antonio de 1823.

*Estudios acerca de Calderon*, por el Sr. D. Patricio de la Escosura en la *Biblioteca escogida de Autores españoles* de la Academia Española, y en la *Revista de España*.

*Discurso sobre la primitiva novela española*, por D. Buenaventura Carlos Aribau, en el tomo III de la *Biblioteca* de Rivadeneyra.

*Discurso sobre la novela española*, por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, en el tomo XXXIII de la misma publicacion.

*Discurso preliminar* de D. Pascual de Gayangos al tomo de *Libros de Caballerías* de la propia *Biblioteca*.

Los estudios relativos á Cervantes son innumerables. Por evitar prolijidad, sólo mencionaré los siguientes, dejando á cargo del Sr. Rius la tarea de formar un catálogo completo de esta rama de la bibliografia cervántica.

*Análisis del Quijote*, por D. Vicente de los Rios (1780).

*Vida, etc.*, por D. Martin Fernandez de Navarrete (Madrid, 1819).

*Vida de Cervantes*, por Quintana.

*Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del Ingenioso Hidalgo que no han entendido ó han entendido mal sus comentadores*, por D. Juan Calderon (Madrid, 1854).

*Cervantes, sa vie, son temps; ses œuvres*, por Emilio Chasles (Paris, 1867).

*Vida de Cervantes*, por D. Jerónimo Morán, en la lujosa edicion del *Quijote* hecha por Dorregaray.

*Comentarios filosóficos al Quijote* (en *La América*).—*La Estafeta de Urganda*.—*El Correo de Alquife*.—*Segundo aviso de Merlin*. Monografias sobre el



sentido esotérico del *Quijote*, por D. Nicolás Díaz de Benjumea. De sentir es que este docto é ingenioso escritor no lleve á cabo el anunciado propósito de publicar reunidos sus numerosos estudios cervánticos.

*El Quijote y la estafeta de Urganda.—Cervantes y el Quijote.* Estudios críticos del Sr. Tubino.

*Sobre el carácter del Quijote*, discurso académico del Sr. Valera.

*Pericia geográfica de Cervantes*, por D. Fermin Caballero.—*Bellezas de Medicina práctica descubiertas en el Ingenioso Hidalgo*, por Hernandez Morejon.—*Jurisprudencia de Cervantes*, por D. Antonio Martin Gamero.—*Cervantes teólogo é Intraducibilidad del Quijote*, por D. José María Sbarbi.—*Cervantes y la filosofía española*, por D. Federico de Castro.—*Ideas económicas del Quijote*, por D. Luis Piernas y Hurtado.

*Lecciones sobre la Literatura española, francesa, italiana é inglesa del siglo XVIII*, dadas en el Ateneo por D. Antonio Alcalá Galiano. La parte española es harto escasa. El mismo escritor publicó en *El Laberinto* notables estudios críticos acerca de Melendez, Cienfuegos, Moratin, Arriaza y otros poetas del siglo pasado, y en la *Crónica de ambos mundos* otro sobre la *Escuela sevillana* de la misma época; asunto tratado también por Lista en la *Revista de Madrid* (1.ª época) (1).

*De la poesía Castellana del siglo XVIII.* Discurso de Quintana puesto al principio del tomo IV de su colección de *Poesías selectas*, en la segunda edición (1830).

*Juicio crítico (sic) de los principales poetas españoles de la última era.* Obra póstuma de D. José Gomez Hermosilla (Paris, 1845). Vale poquísimo. Refutóla Gallego en la parte relativa á Melendez.

*Bosquejo historico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, antepuesto por el Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto á la muy copiosa colección de *Líricos* de dicho periodo en la *Biblioteca de Rivadeneyra*. El título de este precioso trabajo peca de modesto en demasía y no da bastante idea de su mérito é importancia: no debiera llamarse *Bosquejo*, sino *Historia crítica*. ¡Pluguiera á Dios que abundasen en España producciones semejantes á esta en riqueza de datos, severidad de juicio y amenidad y corrección de estilo! De este *Bosquejo* se ha hecho en Paris una edición fraudulenta en dos tomos con destino á América. De esperar es que el Sr. de Cueto lo reimprima por separado, agregándole la *Reseña bibliográfica de poetas del si-*

*glo XVIII*, que tiene inédita, y puede considerarse como su complemento.

*Historia de la crítica literaria desde Luzán hasta nuestros días.* Memoria del Sr. D. Francisco Fernandez y Gonzalez, premiada por la Academia Española en 1870. Suplemento indispensable á esta obra son los artículos que sobre ella publicó usted en *La Enseñanza* y reprodujo en sus *Ensayos críticos* (Lugo, 1868).

*Noticias para la vida del P. Flórez, recogidas por el P. Mendez* (1780).

*Elogio de D. Juan Pablo Forner*, leído por don Joaquin Sotelo en la Academia de Jurisprudencia en 23 de Mayo de 1797. Reimprimióle el Sr. de Cueto al frente de las *Poesías de Forner* en el tomo LXII de la *Biblioteca de Rivadeneyra*.

*Vida de D. Juan Melendez Valdés*, por Quintana (1820).

*Memorias del abate D. Manuel Lasala.*

*Vida de D. Nicolás Fernandez de Moratin*, por su hijo D. Leandro (1821).

*Vida de D. Leandro F. de Moratin*, por Aribau. Impresa con la anterior en el tomo II de la *Biblioteca de Rivadeneyra*.

*Vida de D. Leandro Fernandez de Moratin*, por D. Manuel Silvela (1845 y 1867).

*Juicio de Moratin como poeta cómico.* Opúsculo de D. Joaquin Roca y Cornet, que lo publicó con el pseudónimo de Inarco Cortejano.

*Quintana considerado como poeta lírico*, discurso leído por el Sr. de Cueto al tomar asiento en la Academia Española.

Conforme nos vamos acercando á la edad presente, disminuyen más y más las monografías. Así que, relativas á contemporáneos, sólo recuerdo (limitándome á las de alguna extensión) la *Memoria sobre la vida política y literaria de Martinez de la Rosa*, por Rebello da Silva; la *Biografía del conde de Toreno* y el extenso discurso necrológico del *Duque de Rivas*, trabajos ambos del Sr. de Cueto; la vida de D. Próspero Bofarull, escrita por el Sr. Milá y Fontanals, y algunos discursos académicos que, por sus dimensiones é importancia, merecen contarse entre las monografías, cual es, por ejemplo, el del Sr. Escosura sobre *Espronceda, Vega y Pardo*, leído á la Academia Española en 1870.

No es mucho más beneficiada monográficamente la literatura lusitana que la castellana. Como tales pueden éstimarse cada uno de los tomos de la excelente *Historia de la literatura portuguesa*, de Teofiló Braga, puesto que constituyen, considerados aisladamente, estudios completos, por más que sobre todos ellos se cierna un pensamiento comun que los traba y enlaza. Rebello da Silva, antecesor suyo en la única cátedra de literatura que, si no estoy

(1) Prestaría un buen servicio á las letras quien imprimiese coleccionados los escritos literarios sueltos de estos críticos y de otros contemporáneos, como Gallego, Pidal, Estébanez Calderon, Búrgos, Enrique Gil, Durán, Ochoa, Hartzembusch, Cañete, etc., etc.



mal informado, en Portugal existe, publicó una *Memoria biográfica y literaria* acerca de Manuel María Barbosa da Bocage, y estudios sobre otros ingenios ménos conocidos, como Garçao, satírico notable; Domingo dos Reis Quita; Antonio Diniz, autor del poema burlesco *El Hisopo*, etc., etc. En punto á trabajos de escritores castellanos sobre la literatura portuguesa, conocemos sólo uno relativo á Camoens, escrito por el Sr. Canalejas en la *Revista Ibérica*; la biografía de Antonio Feliciano de Castilho, impresa en Cádiz, 1837, con las iniciales T. G.; el erudito libro del Sr. Romero Ortiz, titulado *Literatura portuguesa del siglo XIX*, y uno reciente de D. Gonzalo Calvo Asensio sobre *El teatro hispano-lasitano en el siglo XIX*.

Considerable parecerá á primera vista este catálogo (sin duda incompleto), y tendrán de fijo por infundadas nuestras quejas quienes ignoren que pocos, muy pocos de los estudios referidos reúnen el carácter expositivo-crítico, que muchos son puramente biográficos, que otros pecan de brevedad excesiva, y que, por consecuencia de todo esto, conviene rehacerlos casi todos bajo un plan más amplio y completo. Nótese, además, que la mayor parte de ellos conciernen á la literatura y no á las ciencias ni á la filosofía, y que muchos de los mejores son parto de plumas extranjeras y aún no han sido castellanizados, habiendo numerosas materias enteramente intactas, no obstante ser de igual ó superior interes que las hasta hoy dilucidadas. El publicar estudios sueltos sobre determinados escritores cuando éstos no son muy conspicuos é importantes, no me parece método tan acertado como el de considerarlos agrupados, historiando el género que cultivaron, la escuela á que pertenecieron, etc. Por eso convendría que se publicasen libros semejantes á *Los Místicos españoles*, de Rousset; *Los trovadores en España* y *La poesía heróico-popular*, de Milá; *La corte literaria de Juan II*, de Pui-maigre; la *Historia de los falsos cronicones*, de Godoy Alcántara; el *Bosquejo de la poesía castellana en el siglo XVIII*, de Cueto; la *Historia de la crítica literaria en España desde Luzan*, de Fernandez y Gonzalez, y algun otro de la misma índole.

A tres puntos principales debe, en mi concepto, dirigirse la actividad erudita por lo que á monografías respecta, á saber:

I. Exposiciones histórico-críticas de la vida y doctrinas de los grandes pensadores ibéricos y de las escuelas de que respectivamente fueron cabeza, v. gr.:

*Séneca y el Senequismo.*

Damos este nombre á la doctrina moral estóica tal como la formuló Séneca, doctrina que en toda la Edad Media y en los siglos XVI y XVII ejerce

muy señalada influencia en España y fuera de ella.

*San Isidoro y la tradicion Isidoriana.*

*Averroes y el Averroismo.*

*Maymonides y el Maymonismo.*

En este libro deben estudiarse los progresos del panteísmo hispano-judáico hasta Spinosa, y sus relaciones con la moderna filosofía germánica.

*Lulio y el Lulismo.*

*Vives y el Vivismo.*

*Suarez y el Suarismo.*

Cada uno de estos temas requiere dos gruesos tomos en 4.º para su cabal desarrollo. En la misma línea pueden entrar otros preclaros sabios españoles que, si no dieron origen á escuelas ó sectas filosóficas propiamente dichas, personifican grandes fases de la vida intelectual de la Península, aparecen como iniciadores de trascendentales movimientos en la esfera de las ideas, ó descuellan por la originalidad y universalidad de su doctrina, de tal suerte, que para darlos á conocer debidamente es preciso trazar en torno suyo el cuadro de la época en que florecieron, con sus antecedentes y consiguientes. A esta clase corresponden:

El arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada.

Alfonso el Sabio.

Antonio de Nebrija.

Antonio Agustin.

Arias Montano.

Caramuel.

Feijóo.

Campomanes.

Jovellanos.

Hervas y Panduro.

Más ó ménos próximos por su significacion histórica á los que acabo de mencionar, figuran en los anales de la ciencia española otros muchos egregios varones, dignos asimismo de que sus hechos y escritos sean expuestos críticamente bajo la forma monográfica en sendos volúmenes. Sólo citaré, por no ser prolijo, los nombres de Quintiliano, Thofail, Jehudaha Levi, Avicebron, Pedro Hispano, San Raymundo de Peñafort, el infante D. Juan Manuel, Arnaldo de Vilanova, el Tostado, los Abarbaneles, Fray Antonio de Guevara, Sepúlveda, Gourea, Gomez Pereyra, Foxo Morcillo, Miguel Servet, Vallés, Mariana, Fray Luis de Granada, Domingo de Soto, Victoria, Molina, Vazquez, Fray Luis de Leon, Azpilcueta, el Brozense, Martin del Rio, Quevedo, Gracian, Nieremberg, Isaac Cardoso, el Padre Tosca, Martin Martinez, Piquer, Luzan, Mayans, Perez Bayer, Andres, Eximeno, el Padre Almeida, el Padre Ceballos, los autores de *La España Sagrada*, Forner, Martinez Marina, Lista, etc., etc.

II. Estudios biográfico-críticos extensos, por el estilo del *Don Juan Ruiz de Alarcon*, del Sr. Fernandez Guerra (D. Luis), acerca de los principales



ingenios peninsulares, no juzgados todavía con el detenimiento y profundidad necesarios, ni menos relativamente á *su tiempo* y á la influencia que tuvieron en las vicisitudes de la bella literatura. Hállanse en este caso—y únicamente recuerdo los de primera marca—Lucano, Prudencio, Ausias March, Juan de Mena, Torres Naharro, Garcilaso, Camões, Ercilla, Balbuena, Herrera, Góngora, los Argensolas, Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Calderon, Torres Villarroel, los Iriartes, D. Ramon de la Cruz, los Moratines, Melendez, Arriaza, Quintana, etc., etc., ninguno de los cuales tiene libro aparte de crítica (que yo sepa), cuando en Francia y otras naciones no hay poeta mediano que no esté juzgado y aquilatado en todos sus aspectos y relaciones. ¿Dónde hallar, si no, obra alguna española tocante á los mencionados autores, que se parezca, por ejemplo, á las de Guizot sobre *Shakspeare*, y *Corneille y su tiempo*?

III. Historia de los principales periodos, ramas y corrientes de nuestra cultura, de determinados grupos de escritores, y de las opiniones profesadas por los españoles en orden á ciertos puntos de la ciencia, como

- Los Padres toledanos.
- Sabios españoles que brillaron en las Galias bajo la dominación Carlovingia.
- Los Kabalistas españoles.
- Impugnadores del judaismo y del mahometismo.
- El escolasticismo tomista en España.
- Anti-aristotélicos españoles.
- La fisiología filosófica en España.
- Estudios fisionómicos y frenológicos.
- Doctrinas de los filósofos españoles sobre la naturaleza y origen de las ideas.
- Id. sobre los primeros principios de los cuerpos.
- Id. sobre el alma de los brutos (1).
- Filosofía del derecho en España.
- El derecho romano en España.
- Políticos españoles.
- Moralistas.
- Místicos.
- Casuistas.
- Canonistas.

(1) Quien historice este punto y el anterior deberá examinar, entre otras obras, la *De opere sex dierum*, de Suarez; los Cursos filosóficos, de Bernaldo de Quirós, Henao y Arriaga; la *Philosophia sacra*, de Vallés; la *Antoniana Margarita*, de Gomez Pereyra; las *Objectiones*, de Miguel de Palacios; el *Emdecálogo contra Antoniana Margarita*, la *Philosophia libera*, de Isaac Cardoso; el *Diamantino escudo atomístico*, de Guzman; los tratados de los PP. Tosca y Nájera; *El ocaso de las formas aristotélicas*, de Zapata; la *Philosophia sceptica*, de Martin Martinez; el *Theatro crítico* y las *Cartas eruditas*, del P. Feijóo; la *Física moderna*, el *Discurso sobre el mecanismo*, de Piquer; las *Instituciones philosophæ et mathematicæ*, de Eximeno, y la *Filosofía fundamental*, de Balmez, que ofrecen toda variedad de opiniones, algunas harto originales y atrevidas.

- Escriturarios rabínicos
  - Id. católicos.
  - La oratoria sagrada.
  - Heterodoxos españoles, desde Prisciliano hasta los krausistas.
  - Impugnadores del enciclopedismo (1).
  - Las controversias de *auxiliis*.
  - Hebraizantes españoles.
  - Arabistas.
  - Helenistas.
  - Latinistas.
  - Cultivadores de lenguas exóticas.
  - Arqueólogos.
  - Geógrafos.
  - Historiadores de Indias.
  - Geopónicos.
  - La estética en España.
  - Las doctrinas sobre la Historia.
  - Poetas hispano-latinos modernos.
  - El culteranismo en España.
  - La poesía lirico-dramática.
  - La tragedia clásica.
  - Escuela poética salmantina.
  - Los jesuitas españoles en Italia á fines del siglo XVIII;
  - y otros mil temas semejantes á estos, que sin orden he ido apuntando á medida que acudían á la memoria y á la pluma.
- El promover la composicion y publicacion de tales Memorias toca á las cinco Academias, segun su especialidad respectiva, pero más particularmente á la de la Historia, que tiene por instituto cultivar, no sólo la política, civil y religiosa, sino tambien la *intelectual* de la Península. Y para que esos trabajos se hiciesen con el debido esmero, convendría que dichas corporaciones señalaran para los certámenes plazos más largos que los de costumbre, teniendo en cuenta las dificultades inherentes á la busca de datos, ordenacion del plan y redaccion correcta y elegante. Bien puede asegurarse que

(1) Citaré los principales que recuerdo, para facilitar el trabajo á quien emprenda la ilustracion de esta interesante materia. El P. Feijóo, el P. D. Antonio Rodriguez (*El Philotheo*); Valcárcel (*Desengaños filosóficos*); el P. Ceballos (*La Falsa filosofia, Juicio final de Voltaire*); Forner (*Preservativo contra el Aleismo, Discursos filosóficos sobre el hombre*); el P. Almeida (*Recreaciones filosóficas*); el P. Muñoz (*Impugnacion al Dupuis*); Olavide (*El Evangelio en triunfo*); Peñalosa (*La Monarquía*); Pereyra (*Theodicea*); Perez y Lopez (*Principios del orden esencial de la naturaleza*); el canónigo Castro (*Dios y la Naturaleza*); Jovellanos (*Tratado teórico-práctico de educacion*); el P. Velez (*Apologeta del A tar y el Trono*); el P. Alvarado (*Cartas del filósofo rancio*); el P. Ajo Solórzano (*El Hombre en su estado natural*); Rentería y Reyes (*Filósofo de la Religion*); Hermosilla (*El Jacobinismo*); el P. Vidal (*Or gen de los errores revolucionarios*); Sanchez y Soto (*El Filósofo cristiano impugnando al libertino*); Cortiñas (*Demostracion de la inmortalidad del alma, El triunfo de la verdad y refutacion del materialismo*), sin olvidar los escritos de Hervas, Costa y otros jesuitas de los desterrados á Italia.



cuantos autores han sido laureados por nuestras Academias y en méritos de obras eruditas de cierto bulto, las tenían ya compuestas, ó cuando ménos habían acopiado para ellas gran cantidad de materiales al anunciarse los concursos, siendo, por tanto, *una casualidad* el que éstos no resultasen estériles.

También sería medio muy conducente para obtener buenas monografías del género indicado, el exigir que las *tésis doctorales*, en vez de reducirse, cual vemos comunmente, á breves disertaciones, sean escritos de mayor extension, verdaderos libros, como en otras naciones acontece, y que éstos versen precisamente sobre puntos de la historia científica ó literaria de nuestra patria. Lo que hoy se pide para el caso á los graduandos es tan poco y de tan poco momento y utilidad, que bien podría suprimirse sin inconveniente alguno, más aún que por las exiguas proporciones de los discursos, por la facilidad de hallar en libros modernos y sin la menor fatiga las especies necesarias para componerlos: ¿No es un dolor el ver cuál nuestros aspirantes á doctores hacen alarde de una erudicion postiza ante el claustro de la Universidad Central, disertando ostentadamente sobre el Budismo, y Sócrates, y el Petrarca, y Descartes, y Kant, y el Darwinismo y otras materias *tan poco trilladas* como estas, mientras dejan en despreciativo olvido las obras y las doctrinas de nuestros antepasados, sobre las cuales tanto bueno y verdaderamente nuevo pudieran decirnos? *Qui potest capere capiat.*

En la próxima carta seguiré conversando con usted, mi señor D. Gumersindo, sobre los medios de fomentar el estudio de nuestra pasada cultura, y lograr, en un plazo más ó ménos breve, *historias de las diversas ciencias en España* (1).

Es de usted siempre devoto amigo y servidor,

M. MENENDEZ Y PELAYO.

Santander 10 Julio 1876.

## LA GUERRA DE SUCESION

EN TIEMPO DE FELIPE V.

(Continuacion). \*

Apénas se halló de vuelta en la corte, lo asediaron por todas partes los atrevidos y hábiles agentes de la casa de Borbon, repitiéndole á cada paso los políticos de más nota que Luis XIV de Francia era el único Monarca bastante poderoso para librar de

(1) No terminaré esta carta sin hacer mérito de dos notabilísimas monografías, que sólo en parte dicen relacion á nuestra literatura: los *Apuntes para la historia de la satira en la antigüedad y en la Edad Media*, de D. Joaquín Rubió y Ors (Barcelona, 1868), y *La Satira Prevenzal*, de D. José Coll y Vehí.

\* Véase el número anterior, pág. 521.

una desmembracion á la España, y que el Austria no podría en modo alguno evitar que recibiera cumplimiento el tratado de Reparticion. Entre tanto, no faltaban jurisconsultos de gran valer que afirmaban no debía entenderse la renuncia de la infanta conforme á la letra, sino conforme al espíritu. Sin duda alguna que la letra excluía los principes franceses; pero, en cuanto al espíritu, sólo revelaba la tendencia de querer evitar que pudieran reunirse en la misma persona las coronas de España y Francia.

Segun todas las probabilidades, los razonamientos políticos y legales no habrían bastado para vencer la parcialidad que mostraba Carlos en favor de la casa de Austria. Esto era natural. La union más estrecha había reinado siempre entre las dos familias reales que descendían de Juana y de Felipe el Hermoso, y los franceses habían sido siempre para ellas como sus enemigos naturales. Fuerza era, pues, poner en juego alguna intriga, y así lo hizo Portocarrero.

La vida del Rey llegaba á su término. ¿Había de cometer en aquellos momentos el Monarca cristianísimo un gran pecado? ¿Podía existir un pecado más grave que aquel que fuera parte á excluir de la sucesion al heredero legítimo de los inmensos dominios de la corona española, por extremar sin razon ni justicia el afecto á la familia, ó la mala voluntad á una casa rival? La timorata conciencia de Carlos y su espíritu estrecho y apocado no pudieron resistir el choque de estos argumentos. Lo cual, visto por Portocarrero, determinó, á fin de concluir la lucha, aconsejar al Rey que acudiese á la santidad del Romano Pontífice en demanda de consejo. S. M. siguió el parecer de su ministro, y éste, que sabía que el Papa era muy partidario de la Francia, esperó lleno de confianza la respuesta de Roma. En efecto, el Papa escribió á Carlos para advertirlo de la flagrante injusticia que estaba á punto de cometer; porque siendo el derecho de la casa de Borbon, el Rey no debía exponer la salud de su alma por dar una muestra de afecto á la casa de Austria.

Carlos vaciló todavía; que ni aún la autoridad del Papa era bastante á vencer el amor que sentía por los suyos y su odio á la Francia. Pero llegó un momento en que creyó morir. El cardenal redobló sus esfuerzos; el lecho del espirante Monarca se vió rodeado de teólogos que llevaban la leccion bien aprendida; se le dijo que moría en pecado si privaba de la sucesion á la casa de Francia, y que legaba á su pueblo al pasar de esta vida los horrores de la guerra civil. Cedió entónces, y suscribió aquel testamento memorable que había de causar tantas desventuras y calamidades á la España. Despues de haber escrito su nombre al pié del papel, rompió en lágrimas y dijo: *Dios es quien da y quita los imperios. Ya no soy nada.*



El testamento permaneció secreto los pocos dias que mediaron hasta la muerte de Carlos, que ocurrió el 3 de Noviembre de 1700.

Todo Madrid se agolpó á las puertas del alcázar. Las antecámaras y salones de la régia morada se vieron invadidas luégo al punto de grandes, títulos de Castilla y embajadores, ávidos de conocer las últimas disposiciones del Monarca difunto. Se abrió una puerta y se presentó en el dintel el duque de Abrantes. Todos supieron entónces que el heredero de la monarquía española era Felipe de Anjou. Carlos había dispuesto, además, que durante el intervalo que pudiera mediar entre su muerte y la llegada del sucesor se confiara el gobierno á un consejo presidido por el cardenal.

Luis XIV procedió como hubiera podido esperarse. Fingió vacilar un espacio ántes de infringir todas las disposiciones del tratado de Reparticion, y al fin aceptó para su nieto el magnífico legado de Carlos. El nuevo soberano se apresuró á tomar posesion de sus dominios; toda la corte de Francia lo acompañó hasta Sceaux, y sus hermanos vinieron con él hasta la frontera, que consideraban como una expresion geográfica desde el momento en que Luis XIV pronunció las memorables palabras de *ya no hay Pirineos*. Pocos años despues, aquellas mismas montañas eran teatro de una lucha sangrienta entre Luis XIV y el príncipe que la Francia enviaba entónces para regir los destinos de la nacion española.

Si Carlos hubiera recorrido la Europa entera en busca de un sucesor que se le pareciera moral é intelectualmente, no habría podido hacer mejor eleccion. Felipe no estaba enfermizo como él, pero sí era tan débil, tan indolente y tan supersticioso, y no tardó mucho en tornarse tan hipocondriaco y excéntrico, aventajándole con exceso en punto á ternura conyugal. Su primer pensamiento cuando lo proclamaron rey fué casarse, y cuando se hubo casado, desde el dia de sus bodas hasta el de la muerte de la reina, tener siempre á su esposa cerca de sí y hacer en todo su voluntad. Al fallecimiento de ésta, su primera idea fué buscar otra. Se la procuraron; pero muy diferente de la anterior. Sin embargo, era su mujer, y Felipe estaba satisfecho, llegando con ella al extremo de no separarse de su lado jamás durante media hora, ni de dia ni de noche, enferma ó en buena salud, que se tratara de placeres ó de negocios de Estado. Su inteligencia era escasa, y la educacion que había recibido, ántes era ocasionada á debilitarla que no á robustecerla, como criado en la monótona magnificencia de Versalles. Su abuelo era tan despótico y tan aficionado á la ostentacion en sus relaciones con la familia como en sus actos públicos, y de esta suerte los príncipes que nacieron y crecieron á su vista fueron siempre taciturnos, huraños y torpes: todos,

TOMO VIII.

excepto el duque de Borgoña, empezando por el delfin y acabando por Felipe de Anjou, fueron hombres vulgares, sin energía ni fuerza de voluntad, y tan poco acostumbrados á juzgar por sí mismos de las cosas y ménos aún á tener iniciativa, que la obediencia absoluta en todo y por todo era la base indispensable á su bienestar. Cuando el nuevo rey de España quedó libre de aquella vigilancia y supervision en que había vivido, pareció como un hombre que hubiera pasado gran parte de su existencia sujeto á la pared con un aparato, y que al soltarlo cayera desplomado por serle necesaria ya aquella traba para sostenerse. Mientras D. Felipe no tuvo esposa, no pudo hacer nada por sí; cuando la tuvo, sólo hizo la voluntad de su mujer.

En tanto que este niño débil y melancólico se dirigia á Madrid, su abuelo desplegaba extraordinaria actividad; y aún cuando nada tenía que temer de un combate singular con el emperador de Austria, se preparó para medirse con él. Intimidó á los Estados generales con un gran ejército y trató de tranquilizar con buenas palabras al Gobierno inglés; pero Guillermo no cayó en el lazo: aborrecía mortalmente á Luis XIV, y si hubiera podido dejarse llevar de los impulsos de su corazon, le habría declarado la guerra desde que conoció el testamento de Carlos II; pero le ataba las manos el precepto constitucional.

En Inglaterra iba todo al gusto de Luis XIV. Los jefes del partido *whig* habían abandonado el poder y carecian por completo de popularidad á causa del mal resultado del tratado de Reparticion. Los *torys*, entre quienes se contaban hombres que tenían los ojos fijos en Saint-Germain, constituían el Gobierno y la mayoría de la Cámara de los Comunes. Guillermo, á quien preocupaba por extremo el estado de los partidos, no era osado á pensar en la guerra contra los Borbones. Además de esto, adolecía de graves é incurables enfermedades, y todo hacía presentir que ántes de mucho se rompiera el lazo que unía su débil y gastado cuerpo á su alma indomable y ardiente. Si Luis lograba prolongar por algun tiempo la paz, sus inmensos designios se verían realizados probablemente. En aquel momento tan importante, el más importante de toda su vida, su orgullo y su pasion lo arrastraron á cometer una falta que deshizo cuanto habían podido labrar cuarenta años de intrigas y victorias, produciendo la desmembracion del reino de su nieto y atrayendo sobre el suyo propio la invasion, la bancarota y el hambre.

Antes de morir Jacobo II en Saint Germain, Luis XIV le hizo una postrera visita, y quedó tan conmovido de aquella solemne despedida y del dolor de la reina, que, perdiendo de vista toda consideracion política, y excitado de la compasion y de



cierta vanidad que no carecía de grandeza, reconoció al príncipe de Gales como rey de Inglaterra.

La indignación que sintieron los castellanos al saber que tres potencias extranjeras habían emprendido la obra de arreglar la sucesión de España, no fué nada si se la compara con el furor de los ingleses al saber que su buen vecino se había tomado el trabajo de proporcionarles un rey. *Whigs* y *torys* estuvieron unánimes en condenar la conducta de la Francia. La ciudad de Lóndres fué la primera en lanzar el grito de guerra, y este grito halló eco en todos los confines del reino. Guillermo conoció que había llegado su hora; y aun cuando sus dolencias y sufrimientos apenas le permitieran moverse, su alma estaba tan viril, enérgica y resuelta como cuando, á la edad de veintitres años, desafió las fuerzas unidas de Francia é Inglaterra. Abandonó La Haya, donde se ocupaba en negociar con los Estados y el emperador un tratado defensivo contra los designios ambiciosos de los Borbones, corrió á Lóndres, removi6 el Ministerio y disolvió el Parlamento. La mayoría de la nueva Cámara estaba con el rey, y la nación se preparó activamente á la guerra.

Pero ántes de que las hostilidades hubieran comenzado vigorosamente, Guillermo ya no existía. Sin embargo, la gran alianza de los príncipes europeos contra la casa de Borbon quedaba hecha. «El obrero había muerto, dice Burke, pero la obra estaba trazada con arreglo á los verdaderos principios del arte, y se puso en ejecución con el mismo espíritu.» El 15 de Mayo de 1702, se declaró la guerra de comun acuerdo en Viena, Lóndres y La Haya.

Así se empeñó la gran lucha que agitó durante doce años la Europa, desde el Vístula hasta el Océano Atlántico. Eran las dos coaliciones, bajo el punto de vista del territorio, de la riqueza y de la población, de fuerza casi igual. De una parte se hallaban Francia, España y Baviera; de otra Inglaterra, Holanda, el Imperio y varias potencias secundarias.

La parte de la guerra que lord Mahon se ha propuesto referir es, en efecto, interesante, pero es también la que tiene menos atractivo. En Italia, en Alemania y en los Países Bajos insignes generales disponían de grandes recursos. Se dieron batallas importantes y sangrientas. Unas en pocas de otras, se rindieron fortalezas formidables. La cadena de plazas fuertes belgas quedó rota; y por medio de una serie regular y continua de operaciones, que se prolongaron durante algunos años, fueron arrojados los franceses de las orillas del Danubio y del Pó, y rechazados á sus provincias.

En España, por el contrario, la guerra vino á ser una serie de acontecimientos sin conexión y enlace aparente. Los caprichos de la fortuna semejaron á los que se suceden en los sueños. Las victorias y

las derrotas no iban seguidas de sus consecuencias naturales: los ejércitos surgían inesperadamente de la tierra y desaparecían de igual modo; sin embargo, para lectores sensatos la guerra de España es tal vez más interesante que las campañas de Malborough y de Eugenio; porque si la habilidad militar decidió de la suerte del Milanésado y de los Países Bajos, las condiciones del carácter nacional decidieron de la suerte de España.

Quando comenzó la guerra, se hallaba el joven Rey en la situación más deplorable. A su llegada á Madrid, encontró á Portocarrero al frente de los negocios, y no creyó que debía reemplazar en ellos al hombre á quien debía la corona. El cardenal era un intrigante, no un hombre de Estado. Había adquirido con los años grande habilidad para gobernar de mil maneras los espíritus débiles por naturaleza; pero en cuanto á la noble ciencia de gobierno, en cuanto á las causas que pudieran influir en la grandeza ó decadencia de los imperios, las ignoraba de igual modo que su Rey y señor. Y es digno de llamar la atención y de ser estudiado el contraste que ofrece su destreza en gobernar la conciencia de un Rey valetudinario y la incapacidad de que dió pruebas cuando se halló á la cabeza del gobierno. En vano buscamos en qué se funda lord Mahon cuando nos habla del cardenal como de un hombre «de admirable ingenio» y «de grandes facultades.» Luis XIV lo juzgaba de muy diverso modo, y rara vez se engañaba en su apreciación de los caracteres. «Todo el mundo sabe, dice S. M. en carta á su embajador, cuán incapaz es el Cardenal y cuán desprestigiado se halla en su país.»

Hiciéronse en España algunas miserables economías, que arruinaron los individuos sin traer al Estado ninguna ventaja digna de ser tomada en cuenta. La policía fué cada vez más ineficaz. Los aventureros franceses vinieron á aumentar el desorden que reinaba en la capital. Estos miserables miraban á los españoles como á raza conquistada, á la cual los compatriotas del nuevo soberano podían impunemente insultar y robar. El Rey pasaba la noche comiendo y bebiendo, y el día en la cama; hablaba en el Consejo, y dejaba durante semanas enteras sin abrir los papeles más importantes. Al cabo se reanimó algun tanto, gracias á la única emoción de que fuera susceptible su indolente y apática naturaleza. Su abuelo consintió en que se casara. La elección fué feliz, porque recayó en María Luisa, princesa de Saboya, hermosa y agraciada niña de trece años, mujer ya en lo físico y en lo moral. El Rey determinó ir á recibirla á Cataluña, y abandonó su capital, de la que ya estaba hastiado. Á su salida de Madrid, lo asaltó una horda de mendigos: se abrió paso entre ellos y llegó al cabo de algunos días á Barcelona.



Como sabía perfectamente Luis XIV que la Reina gobernaría á Felipe, buscó quien fuese á propósito para dirigir á la Reina. Nombró, pues, á la princesa de los Ursinos camarera mayor, cargo importante en el palacio de una Reina, y más aún siendo ésta muy amada de su marido. Era la princesa hija de un par de Francia y viuda de un grande de España (el duque romano de Bracciano). Se hallaba, pues, por su posición en las mejores condiciones para ser en Madrid un instrumento de la corte de Versalles. El duque de Orleans la llamaba, pero en términos demasiado groseros para que podamos repetirlos, el teniente del capitán Maintenon, nombre que le convenía á maravilla. Soñaba con representar en España el papel que la Maintenon había representado en Francia; mas, aun cuando por su saber y su talento para la intriga se hallase, cuando ménos, á la altura de su modelo, carecía de imperio sobre si misma, de la calma necesaria y de la imperturbable igualdad de carácter que hizo de la viuda de un bufon la compañera del más altivo de los monarcas. La princesa tenía más de cincuenta años; pero aún estaba orgullosa de la hermosura de sus ojos y de la singular nobleza de su porte; vestía como una joven, y sus intrigas amorosas prestaban asunto á comentarios y hablillas en la corte. Era fina y elocuente, y estaba dotada de mucha fuerza de voluntad. El mismo Saint-Simon confiesa que si se proponía ganar á alguno á su partido era imposible resistir largo espacio al encanto de sus maneras y de su conversacion.

Fáltanos espacio para referir cómo estableció y conservó su poder sobre la joven pareja á cuyo lado se hallaba, y de qué manera llegó á ser tan poderosa, que ni los ministros españoles ni los embajadores de Francia pudieron luchar con éxito contra ella; cómo Luis XIV se vió forzado á hacerle la corte; cómo de Versalles recibió la orden de retirarse; cómo la Reina tomó la defensa de su favorita y el Rey el partido de la Reina, y cómo tras muchos altercados, engaños, amenazas y ardides acabó por arreglarse la querrela. Volvamos, pues, á ocuparnos de los sucesos de la guerra.

Cuando se preclamaron las hostilidades en Londres, Viena y La Haya, D. Felipe se hallaba en Nápoles; que al fin, cediendo á las apremiantes representaciones de Versalles, se había decidido á trasladarse á sus Estados de Italia amenazados por el Emperador. La Reina ejerció las funciones de regente durante su ausencia; y, á pesar de su extremada juventud, apareció por lo ménos tan apta para gobernar el reino como su marido ó sus ministros.

En Agosto de 1702, una escuadra bajo las órdenes del duque de Ormond, se presentó en Cádiz. Las autoridades carecían de dinero y de tropas regula-

res; mas el espíritu nacional suplió en cierto modo lo que faltaba. Los nobles y la clase media adelantaron recursos; los campesinos formaron lo que los escritores españoles llaman partidas de heróicos patriotas, y lo que el general Stanhope denomina «mala infantería.» Si los invasores hubieran procedido con enérgica prudencia, Cádiz habría sucumbido probablemente; pero los jefes de la expedición se hallaban divididos por rivalidades nacionales y de profesion; rivalidades de holandeses é ingleses, de tropas de tierra y de mar. El general holandés Sparre era de mal carácter y propenso á sostener la opinion contraria á la de los demas; el inglés Bellasys, á su vez, se apoderaba de los fondos y de los víveres. Lord Mahon atribuye el mal carácter del holandés á la influencia de las instituciones republicanas de su país; mas observando este mismo sistema, suponemos que atribuiría los hábitos de rapacidad de Bellasys á la influencia de las instituciones aristocráticas y monárquicas de Inglaterra. El duque de Ormond, que mandaba en jefe la expedición, se mostró entónces, como en toda ocasion, falto de las cualidades necesarias para hacer frente á grandes dificultades. La disciplina no se observaba; dejábase á los soldados robar é insultar á aquellos á quienes era más necesario atraer; se saqueaba las iglesias, se derribaba las imágenes, se ultrajaba las religiosas; y en lugar de imponer castigo á los autores de tales demasías, los oficiales participaron del saqueo, hasta que la escuadra, cargada, segun la expresion de Stanhope, «de robos y de infamia», dejó el teatro de la gloria de Essex, abandonando á la venganza de sus compatriotas el único español de calidad que se declaró en favor de los ingleses, y que fué ahorcado.

Iba la escuadra la vuelta de Inglaterra, navegando por las costas de Portugal, cuando supo el de Ormond que la flota de América acababa de llegar á Europa, cargada de plata, y se había refugiado en el puerto de Vigo, huyendo de ella. Decíase que el cargamento lo componían más de quince millones de pesos en plata y oro, sin contar muchos otros objetos preciosos. La idea de saquearla calmó los ánimos, cortó las diferencias y puso término á las disputas. Holandeses é ingleses, generales y almirantes, todos deseaban ardientemente venir á las manos. Los españoles hubieran podido fácilmente salvar sus riquezas desembarcándolas; pero, como el comercio español tenía costumbre de no desembarcar los galeones sino en Cádiz, el consulado de esta plaza, fiel al espíritu de monopolio, se negó, aun en tan crítica ocasion, á ceder un punto de sus privilegios. Llevóse el asunto al Consejo de Indias, el cual vaciló y deliberó un dia más de lo que debiera. Se hicieron entre tanto algunos preparativos de defensa; dieron la guarnición de dos torres arruinadas, establecidas á la entrada de la bahía de



Vigo, algunos hombres mal armados y sin disciplina; cerraron el puerto con una cadena, y los buques de guerra franceses que habían escoltado los galeones desde América, se acoderaron; pero todo fué inútil: los navíos ingleses rompieron la cadena; Ormond y sus soldados subieron á los castillos; los franceses quemaron sus bajeles y ganaron la orilla, y los vencedores se repartieron algunos millones de pesos, perdiéndose lo demas. Cuando los galeones habían sido ya tomados ó destruidos llegó á Vigo la autorizacion para proceder al desembarco.

Felipe regresó á Madrid á principios de 1713, hallando el Erario en peor estado que á su partida; al pueblo más descontento, y más formidable y temerosa que nunca la coalicion. La pérdida de los galeones había causado un gran déficit en las rentas. El almirante de Castilla, uno de los más poderosos vasallos de la Europa, se había refugiado en Lisboa, prestando juramento de fidelidad al archiduque. El rey de Portugal reconoció poco despues á D. Carlos como rey de España, y se preparó á defender con las armas los derechos de la casa de Austria.

Luis XIV, por su parte, envió en auxilio de su nieto un ejército de doce mil hombres á las órdenes del duque de Berwick. Era el duque hijo de Jacobo II y de Arabella Churchill: había crecido rodeado de las más lisonjeras esperanzas; pero la revolucion que derribó á su padre del trono, cambió por completo el curso de su vida. Berwick quedó reducido á ser un emigrado, teniendo que renunciar á Inglaterra; mas, desde aquel dia, el campamento fué su patria y el honor militar su patriotismo. Al ennoblecer de esta suerte su triste situacion, y al cumplir como cumplió sus deberes de soldado aventurero, tuvo algo de la antigua grandeza; su fria y austera virtud recordó siempre los tiempos de Bruto. Las más temibles ocasiones no pudieron conmover siquiera su fidelidad militar, y fué invencible en todas las circunstancias de la vida. Así es que á pesar de haber combatido contra su tio y contra su hermano, nunca se sospechó por nadie que fuera capaz de cometer una traicion, ni siquiera un acto de debilidad.

A principios de 1704 un ejército compuesto de ingleses, holandeses y lusitanos se reunió en la frontera occidental de España. El archiduque Carlos acababa de llegar á Lisboa y se presentó en persona á la cabeza de sus tropas. La pericia militar de Berwick contuvo, durante la campaña, á los aliados bajo las órdenes de lord Galway; mas, en cambio, los ingleses tomaron un gran desquite en el Mediodía. Una flota de esta nacion, á las órdenes de sir Jorge Rooke, y que llevaba algunos regimientos de desembarco mandados por el príncipe de Hesse-Darmstadt, se presentó frente á Gibraltar; y esta

plaza famosa, á la cual la naturaleza hizo inexpugnable casi, y contra la que se han empleado en vano todos los recursos del arte militar, fué conquistada de una manera tan fácil como si hubiera sido una aldea situada en campo abierto. En vez de ejercer la mayor vigilancia su guarnicion, pasaba el tiempo en el mayor abandono. Subieron por la peña algunos marineros; los españoles capitularon, y el pabellon inglés quedó plantado en aquellos baluartes, de donde nunca lograron arrancarlo ni los ejércitos ni las escuadras combinadas de Francia y España. Rooke hizo despues rumbo á Málaga, tuvo un combate en las inmediaciones del puerto con una flota francesa, y tomó la vuelta de Inglaterra despues de la batalla, cuyo éxito fué dudoso.

Pero acontecimientos más importantes estaban á punto de verificarse. El gobierno inglés había determinado enviar á España una expedicion bajo las órdenes de Carlos Mordaunt, conde de Peterborough. Este hombre ha sido, si no la figura más grande de su siglo, la más extraordinaria al menos, sin exceptuar el rey de Suecia Carlos XII. Y, á la verdad, puede llamarse á Peterborough un Carlos XII culto, instruido y apasionado. Su valor era impetuoso como el de los franceses, y tenaz como el de los ingleses. La fecunda actividad de su ingenio era incomparable, y se echaba de ver en todos los casos: en sus campañas, en sus negociaciones, en su correspondencia familiar, en su conversacion más frívola y ménos preparada. Era buen amigo, enemigo generoso y cumplido caballero; pero su ligereza, su movilidad, su humor irritable, la enfermiza necesidad que sentía siempre de cambiar incesantemente de ocupacion y de asunto, hicieron casi inútiles para su patria sus grandes facultades y sus virtudes. Sus debilidades le causaron en más de una ocasion graves inconvenientes y peligros, pues lo arrastraron hasta á cometer acciones completamente indignas de su noble y generoso carácter. La tranquilidad y el reposo eran cosa para él insoportable. Le gustaba recorrer la Europa á manera de correo, y así se le veía un domingo en La Haya, y en Viena el domingo siguiente; luego, entrábale el deseo de ver Madrid, y apenas llegaba, pedía sus caballos y regresaba á Copenhague. Nadie podia seguirlo; ninguna dolencia era parte á detenerlo; la vejez, las enfermedades, una muerte inminente apenas hacían algun efecto en su alma verdaderamente intrépida. En los momentos mismos en que sufría la más horrible operacion quirúrgica, era su conversacion tan animada como la de un jóven que goza de la más envidiable salud. Al dia siguiente de aquella operacion, y á pesar de los ruegos de sus facultativos, quiso emprender un viaje: parecía un cadáver; pero la elasticidad de su temperamento le permitía soportar fatigas y males que parecían capaces de



matar al hombre más robusto. Necesitaba cambiar de ocupacion como de lugar: gustábale dictar seis ó siete cartas á un tiempo; y los que trabajaban con él decían que hablaba de todo con grande ingenio, pero apartándose á veces de su asunto. «Lord Peterborough, escribe Pope, decía en sus cartas infinidad de cosas bellas y agradables, pero eran demasiado alegres y ligeras; miéntras que si Bolingbroke tenía que escribir á un rey ó á un hombre de Estado, escogía el punto capital, lo ponía en el más favorable aspecto y se servía de él de manera que le diese el mejor resultado posible.» Lo que Peterborough era á Bolingbroke como escritor, lo era á Malborough como general. En verdad fué el último de los caballeros errantes, valiente hasta la temeridad, liberal hasta la profusion, cortés en las relaciones con sus enemigos, protector de los oprimidos y apasionado de las mujeres. Tuvo las virtudes y los vicios de los caballeros de la Tabla redonda, y no es posible pintar mejor su carácter que citando los versos en que el autor del espiritual poemita intitulado *Monjes y Gigantes* describe á sir Tristram:

«Su nacimiento, á lo que parece, según los cálculos de Merlin, tuvo lugar bajo la influencia de Venus, Mercurio y Marte: su ingenio se componía de todos los atributos de estos dioses, y como estos planetas era errante y poco estable. Corría de reino en reino, sin detenerse nunca; ganaba coronas é imperios para darlos luégo al punto, como si el ruido y movimiento de la lucha bastaran á recompensarlo de sus fatigas; no había hecho conquistas ni aprovechádose de nada; su placer más grande era, en un día de fiesta, cabalgar triunfante y altivo, y arrojar puñados de oro á la multitud que lo aclamaba. Sus planes guerreros eran repentinos, imprevistos, inexplicables para amigos y enemigos, y más parecía que un pasajero capricho le hubiese inspirado el proyecto y aconsejado el golpe. Cuanto más débiles eran sus recursos y más miserables, mayor y más grande era su triunfo y su fortuna; y siempre más dueño de sí mismo y ménos embarazado se veía, cuanto estaba más rodeado de escollos y de más fuertes y numerosos enemigos.»

En Junio de 1705 llegó á Lisboa este hombre notable, seguido de cinco mil soldados holandeses y britanos. El archiduque se embarcó en su navio con un séquito numeroso, que Peterborough obsequió espléndidamente á sus expensas en el viaje. De Lisboa hizo rumbo la flota á Gibraltar, donde tomó á su bordo al príncipe de Hesse-Darmstadt, y avanzó hácia el Nordeste, á lo largo de las costas de España.

El primer punto donde tocó la escuadra, despues de su partida de Gibraltar, fué Altea, en la provincia de Valencia. El gobierno de D. Felipe había produ-

cido gran descontento en aquella parte, por cuya causa fueron acogidos los invasores con entusiasmo, acudiendo en gran número las gentes del campo con provisiones al grito de: ¡Viva Carlos III! La vecina fortaleza de Denia se rindió sin hacer resistencia.

Con esto se inflamó la imaginacion del caudillo inglés, y concibió la esperanza de acabar rápidamente la guerra. Madrid se halla situado á ciento cincuenta millas de Denia; no había en el trayecto apénas una plaza fuerte; las tropas de D. Felipe se hallaban en las fronteras de Portugal ó hácia la parte de Cataluña, y en la capital sólo contaba el monarca para su defensa con algunos guardias. Pero un archiduque no podía prestar asentimiento á un proyecto que consistía en avanzar hácia el corazon de un gran reino, sin más ejército que siete mil hombres. El príncipe de Hesse-Darmstadt, que bajo Carlos II había sido gobernador de Cataluña, y que se forjaba ilusiones respecto de su influencia en la provincia, era de parecer que debían ir allí sin pérdida de tiempo y atacar á Barcelona. Peterborough estaba con las manos atadas, porque sus instrucciones le prescribían obediencia.

Llegó la escuadra á Barcelona el 16 de Agosto, y Peterborough vió entónces que la tarea encomendada á su cuidado y pericia por el archiduque y el príncipe ofrecía dificultades insuperables casi. La mar defendía una parte de la ciudad; de otra se elevaban las terribles fortificaciones de Monjuich, y tenían los muros tanta extension, además, que apénas hubieran bastado para cercarla treinta mil hombres; la guarnicion era tan numerosa como el ejército sitiador; la mandaban los mejores oficiales de D. Felipe, y para colmo de desgracia las esperanzas que había fundado el príncipe de Darmstadt en una insurreccion general de Cataluña quedaron amargamente desvanecidas, no logrando allegar los invasores á su partido sino mil quinientos campesinos á quienes era forzoso pagar sus servicios á muy alto precio.

Nunca se vió general en situacion más lastimosa que la en que se hallaba entónces colocado Peterborough. Se había opuesto siempre al sitio de Barcelona, quedando en toda ocasion desestimadas las razones en que fundaba su dictámen, contrario al parecer de los demás; y ahora tenía que ejecutar un proyecto siempre reputado por él de impracticable, y cuando se hallaba su campo dividido en facciones hostiles y todos lo censuraban acremente. Y miéntras el archiduque y el príncipe le hacian cargos muy severos porque no comenzaba el asedio de la ciudad sin más tardanza, aunque sin sugerirle ningún medio por el cual pudiera con 7.000 hombres hacer la obra de 30.000, otros se indignaban de que sometiera su propia iniciativa y sus talentos militares á los planes ridiculos y fan-



tásticos de Carlos, disponiéndose á sacrificar sus tropas para intentar lo imposible, y el general holandés manifestaba que, si tal cosa sucedía, los suyos no se moverían de su puesto; que lord Peterborough podría dar cuantas órdenes quisiera, pero que siendo temeraria la empresa de aquel cerco, no enviaría él sus hombres en busca de una muerte segura, cuando no existía la menor probabilidad de sacar ventaja ninguna del sacrificio.

Al cabo, despues de tres semanas de inaccion, Peterborough dijo que se hallaba decidido á levantar el sitio. Embarcóse la artillería de grueso calibre, y se tomaron todas las providencias necesarias para la retirada. Carlos y el principe de Hesse estaban furiosos; pero la mayor parte de los oficiales censuraban á su general por haber tardado tanto tiempo en decidirse por el partido que al fin juzgaba necesario. El 12 de Setiembre hubo con este motivo regocijos en Barcelona y fiestas populares para celebrar el suceso, y el dia siguiente, al despuntar del alba, ondulaba sobre el castillo de Montjuich la bandera inglesa: el ingenio de un hombre habia hecho más que 40 batallones hubieran podido hacer.

A media noche fué Peterborough á buscar al principe de Hesse, con quien no hablaba siquiera tiempo hacia, y le dijo:—Estoy resuelto á intentar el asalto; si os parece podeis acompañarnos, y entónces vereis si los míos y yo merecemos lo que os ha placido decir de nosotros.—El de Darmstadt se quedó estupefacto, y aunque le manifestó que no creía en el resultado favorable de la empresa, se dispuso á ir con él, y, sin añadir más palabra, pidió su caballo.

Habia el conde reunido bajo sus órdenes á 1.500 soldados ingleses, y dispuesto que 1.000 más quedasen de reserva cerca de un convento vecino, bajo las órdenes de Stanhope. Y despues de rodear las colinas, Peterborough y su pequeño ejército llegaron á los muros de Montjuich, haciendo alto para esperar el amanecer. Cuando el enemigo los vió, avanzó al foso exterior para rechazarlos; allí los esperaba Peterborough; sus hombres estaban prevenidos; recibieron el fuego y se lanzaron adelante; saltaron al foso, pusieron en fuga la guarnicion y entraron en las fortificaciones al mismo tiempo que los fugitivos. Antes de que la guarnicion volviese de su sorpresa primera, el conde era dueño de las obras exteriores, habia cogido algunos cañones y levantado un parapeto para defender á sus tropas. Hizo venir entónces la reserva de Stanhope, y mientras esperaba este refuerzo, anunciaron que 3.000 hombres de Barcelona corrían á Montjuich. Acudió en persona para ver lo que era; mas apenas se habia separado de sus soldados cuando quedaron éstos sobrecogidos de pánico. La situacion era muy crítica á decir verdad; los de Peterborough habian

llegado á Montjuich sin saber casi de qué modo; eran poco numerosos; su general se habia alejado; les faltó con esto el valor y se prepararon á evacuar el fuerte. Afortunadamente llegó á noticia de Peterborough en tiempo de evitar la retirada; y llegando á galope hasta los fugitivos, les dirigió algunas palabras y se puso á su cabeza. El metal de su voz y su presencia les restituyeron el valor por entero, y volvieron á ocupar sus posiciones.

El principe de Hesse habia perecido en medio del tumulto del asalto; salvo esta desgracia, todo iba bien. Con la llegada de Stanhope, las tropas que venían de Barcelona se retiraron, y se desembarcó la artillería de grueso calibre, que sirvió para batir las fortificaciones interiores de Montjuich. Poco tardó en rendirse la plaza; y Peterborough, con su generosidad acostumbrada, protegió á los soldados españoles de la ferocidad de los ingleses, y tributó grandes honores á su rival el principe de Hesse.

Con la toma de Montjuich se inauguró una larga y brillante serie de hechos de armas. Porque de allí á poco sucumbió Barcelona, y Peterborough tuvo la gloria de ganar con un puñado de hombres una de las más grandes y fuertes plazas de Europa. Cúpole tambien la gloria, no ménos estimada de su carácter caballeresco, de salvar honor y vida á la hermosa duquesa Pepoli, en ocasion que huía de la brutalidad de sus soldados. Durante su estancia en Barcelona supo aprovecharse de las rivalidades que, de todo tiempo, han existido entre catalanes y castellanos para utilizarlas contra estos últimos; y garantizó á la provincia, cuya capital ocupaba, el goce y ejercicio de sus antiguos derechos y libertades, ganando, merced á esta política, la voluntad de sus moradores á la causa de D. Carlos de Austria.

El llano se declaró en favor del Pretendiente, y Tarragona, Tortosa, Gerona, Lérida y San Mateo le abrieron sus puertas. Y como el Gobierno español enviara al conde de las Torres con 7.000 hombres para reducir á San Mateo, Peterborough, seguido de 1.200 solamente, hizo levantar el cerco. Aconsejaronle sus oficiales que se contentase con un triunfo tan brillante, y Carlos le instó para que volviese á Barcelona; pero todo fué inútil á contenerlo. Era lo más crudo del invierno, la tierra montañosa, los caminos estaban intransitables casi, su ejército mal vestido, la caballería extenuada y el ejército que se batía en retirada era más numeroso que el perseguidor; pero no habia dificultades ni peligros que no cedieran á la energía incontrastable de Peterborough. Siguió, pues, su marcha de avance, picando la retaguardia de las Torres; Nules se rindió al saber que se acercaba (1), y llegó á Valencia. Mas,

(1) 4 de Febrero de 1706.



sabedor allí de que un cuerpo de 4.000 hombres se dirigía á reunirse con el de las Torres, salió á media noche de la ciudad, pasó el Júcar, llegó de improviso al campo enemigo y dispersó las tropas auxiliares sin más tardanza. Los habitantes de Valencia, apénas daban fe á sus ojos cuando veían luégo llegar los prisioneros.

Justamente alarmados los Gobiernos de Madrid y Versalles con la pérdida de Barcelona y el levantamiento de los pueblos inmediatos, determinaron hacer un gran esfuerzo, y al efecto entró en Cataluña numeroso ejército bajo las órdenes de Felipe, que lo acaudillaba en jefe, y del mariscal de Tessé, que lo dirigía en realidad. Una flota, mandada por el conde de Toulouse, hijo natural de Luis XIV, se presentó en el puerto de Barcelona; y así, por mar y tierra fué sitiada la ciudad al mismo tiempo, viéndose por tal manera en grandísimo peligro la persona del archiduque. Súpolo Peterborough y acudió á marchas forzadas desde Valencia á la cabeza de 3.000 hombres; y como con fuerzas tan escasas hubiera sido locura presentar batalla á un gran ejército de tropas regulares, á cuyo frente se hallaba un mariscal de Francia, el conde hizo la guerra á la manera de los Minas y Empecinados de nuestro tiempo, apostándose en las vecinas montañas, acosando al enemigo sin cesar, cortando la retirada á los rezagados y toda comunicacion interior á los demas, y aprovechando las ocasiones de hacer entrar en la plaza víveres y refuerzos. Mas poco tardó en comprender que la única esperanza de los sitiados estaba en el puerto. Y como las órdenes que tenia del Gobierno inglés le daban el mando supremo, no sólo sobre las tropas de tierra, sino tambien sobre la escuadra cuando se hallase á bordo, se embarcó una noche en una chalupa sin comunicar á nadie su proyecto, y á pocas leguas de la costa encontró á uno de los navíos de la escuadra. Apénas hubo pisado el entrepuente, manifestó que tomaba el mando en jefe de las fuerzas navales, y despachó una chalupa con sus órdenes al almirante. Si estas disposiciones se hubieran dado algunas horas ántes, la flota francesa habría caído en poder del enemigo; pero el conde de Toulouse tuvo tiempo de hacerse á la mar. Sin embargo, el puerto quedaba libre, y con esto la ciudad, porque al dia siguiente los franceses levantaron el sitio y se retiraron al Rosellon: Peterborough regresó muy luégo á Valencia, su ciudad predilecta en España, y Felipe, que había permanecido algunas semanas separado de su mujer, no pudiendo soportar más tiempo tan prolongada separacion, volvió á reunirse á ella en Madrid.

Pero ya no podía permanecer en Madrid. El éxito verdaderamente prodigioso que habían alcanzado las armas de Peterborough en la costa orien-

tal de la Península, logró despertar la emulacion en el indolente y apático Galway, que avanzó hácia el corazon de España con su ejército. Berwick se retiró; y Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca quedaron en poder de los conquistadores, que se dirigieron á la capital.

Entónces aconsejaron sus ministros á D. Felipe que trasladase su corte á Búrgos. Las avanzadas de los aliados se veían ya desde Madrid, y se sabía que las seguía de cerca el grueso del ejército. Los reyes abandonaron, pues, su habitual residencia, y llegaron á Valladolid, despues de haber viajado ocho dias bajo un sol canicular, por malos caminos, albergándose ocho noches consecutivas en miserables aposentos, y de estar á punto de perecer entre los escombros de una habitacion en que se recogieron y que se desplomó sobre ellos. Entretanto los conquistadores hacían su entrada triunfal en Madrid, y proclamaban al archiduque por rey de las Españas. Aragon, siempre celoso del ascendiente de Castilla, siguió el ejemplo de Cataluña; Zaragoza se sublevó sin haber visto un enemigo; y el gobernador que D. Felipe había puesto en Cartagena le hizo traicion y entregó á los aliados el mejor arsenal y los últimos bñrcos que poseía la nacion.

MACAULAY.

Trad. de M. JUDERÍAS BENDER.

(Concluirá.)

## CARBONELL.

Había ya trascurrido más de la mitad del siglo XVIII. Las ciencias físicas y naturales se encontraban en un estado de lamentable atraso, sostenido, entre otras causas, por la escasa consideracion que se tributaba á los que se dedicaban á ellas. ¿Qué abnegacion no era necesaria para abandonar el florido campo de las ciencias morales y políticas, que ofrecían por do quiera no escasos halagos á sus cultivadores, y entregarse al aparentemente molesto estudio de las ciencias de experimentacion, donde no esperaban ni el aplauso público ni los altos puestos de la política, sino la pura satisfaccion del platónico amor de la ciencia por lo que es en sí?

En efecto, la falta de premio es á veces causa de que no haya investigadores en determinados campos del saber; y es preciso imbuir la idea de que todas las manifestaciones de la inteligencia son iguales en grandeza, lo mismo el sabio que consume sus horas en el laboratorio ó discurriendo por los campos en pos de objetos naturales que enriquezcan una coleccion, como el poeta de preclaro ingenio, de cuya brillante pluma brotan raudales



inmensos de encantadoras imágenes, al modo que de un grupo de vistosísimas flores surge rico manantial de cristalinas aguas, viéndose en cada gota los cambiantes de luz que pudiera ofrecernos deslumbrador diamante.

En el número de los sabios, más atentos al cultivo de la ciencia en sí misma que al esplendor que la rodea, se hallaba D. Francisco Carbonell y Bravo, una de las glorias de España y de la ciudad de Barcelona, donde nació el 5 de Octubre de 1768. Deslizáronse sus primeros años en preliminares estudios de humanidades, retórica y filosofía en el Seminario tridentino de la referida ciudad, donde ya se dió á conocer por su no comun talento y aplicación asidua, para dedicarse más tarde al estudio de la matemática, desde las ideas más sencillas hasta las más sublimes abstracciones del cálculo. En este linaje de estudios fué donde dió á conocer su talento claro y de aptitud especial para tan abstrusa ciencia, donde las verdades tienen singular enlace, sin ser posible solución alguna de continuidad en la extensa cadena que las forma.

El padre de Carbonell era farmacéutico, y bajo su dirección comenzó los estudios teóricos y prácticos de una ciencia en la cual tan alto renombre alcanzó y tanto contribuyó con sus luces á progresar y enaltecer. El 29 de Enero de 1789, apenas cumplidos cinco lustros, recibió el título de farmacéutico, después de unos brillantes exámenes que verificó ante la Junta de farmacia de Barcelona. Pero en esta ciudad no existían grandes laboratorios ni museos extensos donde pudiera perfeccionarse en los conocimientos de su nueva carrera; así es que, ávido de respirar más dilatada atmósfera y de colocarse al nivel de la ciencia moderna, se trasladó á Madrid para llenar tan laudable deseo, en cuya traslación adquirió gran cosecha de conocimientos que después había de utilizar en bien de la ciencia con el superior talento sintético de que fuera dotado por Naturaleza.

Es de advertir que ántes de esta época, merced á su especialísima aplicación y claro ingenio, le había condecorado la Universidad de Palma de Mallorca, en 4 de Setiembre de 1785, con el título de Doctor en Filosofía, distinción pocas veces otorgada á tan prematura edad, pues no debe olvidarse que sólo contaba Carbonell en aquella época diez y siete años. Con sólo anotar este dato, basta para comprender que ya en sus albores se manifestaba aquella inteligencia muy superior á la generalidad, y que tan frondosa primavera no podía ménos de ser precursora de abundante otoño, rico en copiosos y sazoadísimos frutos.

Cuando hubo llegado á Madrid se presentó á unos ejercicios de oposición á una plaza de la real botica, pero no alcanzó el puesto á que aspiraba. Nada tiene

esto de extraño, porque, á nuestro entender, no es la fortuna de un momento dado lo que puede justipreciar el mérito; así es que vemos con frecuencia jóvenes brillantes deslucirse en los ejercicios de un certámen, mientras que otros muy inferiores á ellos en ciencia, aunque superiores en audacia, llenan mejor las exigencias del acto.

Sin embargo, no se desanimó por eso Carbonell, sino, por el contrario, continuó sus estudios con ahínco y asistió á las cátedras de física experimental, química, mineralogía y botánica, siendo estimadísimo de sus profesores, que veían desde luego los rápidos progresos que diariamente hacía en estas ciencias, donde estaba llamado á ser una de sus grandes lumbreras, para orgullo de la nación que ha tenido la dicha de contarle entre sus hijos.

Por entónces le abrieron sus puertas dos corporaciones científicas, el Colegio de farmacéuticos de Madrid y la Academia médica matritense, honrándose los distinguidos hombres de ciencia que á estos cuerpos pertenecían con llamar compañero al nuevo socio, apenas salido de la adolescencia, cuya fama comenzaba á extenderse por el público ilustrado, no sólo de su país natal, sino del reino entero; lo cual es tanto más de tener en cuenta atendida la escasa publicidad que á las ideas entónces se daba, por no existir apenas el periodismo, que, aparte de sus extravíos, no puede negarse que constituye una de las principales vías de cultura y civilización de un pueblo.

La ambición de Carbonell no se hallaba con eso satisfecha, y por eso emprende la carrera de medicina en la Universidad de Huesca, en donde recibió el grado de Doctor en 1795. De allí pasó á Barcelona, donde asistió tres años al Colegio de cirugía, y más tarde á Montpellier, para escuchar las sapientísimas lecciones de aquellos catedráticos de fama universal y adquirir asimismo el grado de Doctor en medicina en la facultad de Montpellier, dejando grato recuerdo de su estancia, como la había dejado á su paso por las cátedras de Barcelona, Madrid y Huesca. Compartía sin embargo sus horas entre los estudios de medicina y los de farmacia, química é historia natural.

Vuelto á Barcelona, fué nombrado por el Colegio de farmacéuticos Cónsul, ó sea uno de los cargos más importantes de la corporación, y allí lució sus eminentes dotes de hombre científico en las interesantes discusiones que con frecuencia tuvieron lugar, aportando el cúmulo de conocimientos adquiridos en los diversos ramos del saber que había cultivado, los cuales brotaban de su privilegiado ingenio, hábilmente combinados y con la originalidad impresa en todos sus detalles, al modo que las semillas de una planta á tierra lejana trasportadas dan por resultado vegetales de magnitud diversa,



de matices y fragancia variados, de virtudes diferentes.

Carbonell publicó el año 1796 la primera edición de su obra titulada *Elementos de Farmacia*, libro de gran importancia, donde expone la ciencia con especialísimo método, y que fué acogido con general aplauso entre las personas sensatas, como lo prueban los repetidos elogios que de todas partes la tributaron, entre ellos, algunos catedráticos de la Escuela de Farmacia de París. En la referida obra divide todas las operaciones farmacéuticas en cuatro grupos, que son: *division, extraccion, mixtion y combinacion*, y en la preparacion de todo medicamento debería figurar necesariamente alguna operacion comprendida en uno de estos cuatro grupos. Fué reimpressa la obra diferentes veces, y Pomet la tradujo al frances, lo cual habla muy alto en elogio suyo, pues sabido es el concepto que tienen los extranjeros del escaso nivel á que se halla la ciencia en España, para merecer la traduccion de una obra que haya visto la luz del lado acá del Pirineo.

Consideró Carbonell que la obra del farmacéutico frances Baumé se hallaba muy distante de la perfeccion exigida por los adelantos de la química, por cuyo motivo se decidió á publicar sus *Elementos*, deseoso de proporcionar utilidad á los noveles que al estudio de la farmacia se dedican, con objeto de que funden sus conocimientos en las ciencias físicas y naturales, base de la especialidad á que se consagran, única manera de llegar á ser dignos de poseer honroso título y de ejercer con decoro su profesion.

En el año 1800 publicó la tercera edición, dedicada á la Real Junta superior gubernativa de Farmacia, y tambien se hizo de la misma edición una version francesa por Cloquet, y en 1824 salió á luz la cuarta en España, extraordinariamente aumentada, en términos de haber sido una de las fuentes á que acudieron Henry y Guibourt para la redaccion de su *Farmacopea razonada*. No consideramos exenta de defectos la obra de Carbonell, sobre todo mirándola á través del prisma de la ciencia contemporánea, pero desde luégo la juzgamos muy digna de figurar como una de las primeras de su época y de ser con fruto consultada en no poco frecuente número de ocasiones.

Establecida por la Junta de comercio de Barcelona una cátedra de química aplicada á las artes, fué nombrado para desempeñarla en 1803 Carbonell. Trabajó extraordinariamente en la formacion del laboratorio de la misma, hasta el punto de llegar á constituir un verdadero arsenal de la enseñanza, muy al nivel de los conocimientos de la época. Ocurrió por entonces á Carbonell un desgraciado accidente, de esos á que están muy expuestos los que se dedican á la química práctica. El 8 de

Junio de 1805 quiso demostrar experimentalmente la síntesis del agua con objeto de comprobar la composicion de la misma, que ya el análisis habia suministrado. En un voluminoso globo de cristal estaba contenido el hidrógeno, de cuya vasija debía salir este gas por un tubo provisto de una llave, y en el extremo del referido tubo, quemándose el hidrógeno, daba origen al agua que se condensaba en forma de clarísimo rocío en un cuerpo enfriado. Pero un descuido que cometió la persona que le auxiliaba en la operacion, dejando entrar en el globo de vidrio una pequeña cantidad de aire, dió por resultado la formacion de mezcla detonante que produjo terrible explosion y la ruptura en multitud de fragmentos del globo de vidrio. Hubo algunos heridos de gravedad entre los concurrentes, pero Carbonell quedó por completo desfigurado y con la pérdida de un ojo. No faltó entre sus enemigos quien atribuyese el accidente á impericia; mas debe protestarse con energia de aserto tan gratuito. Sabido es que habia asistido á los principales laboratorios de España y del extranjero á la sazón en que ocurría lo que referimos, y, por consiguiente, no pasó por alto en el experimento ninguna precaucion. Pero durante un breve espacio, mientras él no lo observaba, fué cuando por escaso cuidado de la persona de quien se valia, se verificó la entrada de una corta cantidad de aire en el aparato y ocurrió el fracaso, que no fué motivo para retraer á Carbonell de continuar sus trabajos de química experimental.

Así es que la cátedra, como dice uno de sus eruditos biógrafos, fué durante algunos años el principal teatro de sus glorias, acreditando sus vastos conocimientos, y sobre todo, la inflexible lógica que presidía en todas sus explicaciones, su luminosa concision y claridad de lenguaje. Distinguíase asimismo por lo ameno de su trato y lo comunicativo con sus discípulos, lo cual no es muy frecuente en los catalanes, que son capaces de sacrificarse en aras de la amistad y del saber, que tienen una laboriosidad superior á todas las comarcas de España, que han heredado el heróico y legendario valor de Roger de Flor en los combates, pero que al lado de estas grandes y sublimes cualidades son partidarios del afecto sin manifestaciones externas, concentrando la amistad en el seno de su conciencia, como concentran su actividad en el seno del incesante trabajo.

Nadie puede disputar á Carbonell la gloria de haber sido uno de los que primero han contribuido á la propagacion de los conocimientos químicos en nuestro país por medio de la cátedra y del libro, publicando numerosos opúsculos y traduciendo algunas obras, entre las que deben citarse la de *Química aplicada á las artes*, de Chaptal.

Conocedor de la enseñanza, dió á luz una Memo-



ria que, con el título de *Ensayo de un plan general de las ciencias naturales en España*, dilucida de un modo razonado este importante asunto; y poco después tradujo un opúsculo de Fourcroy, titulado: *Discurso sobre la unión de la química y la farmacia*, cuyo trabajo leyó este eminente químico en el acto de su admisión en la Sociedad de Farmacia de París.

Carbonell mereció distinciones honrosas durante su vida. Los monarcas le dieron señaladas muestras del aprecio que de su talento hacían, las corporaciones científicas y populares le señalaron los cargos de confianza y de interés. Del mismo modo algunas de las principales sociedades extranjeras se apresuraron á honrar la lista de sus socios con su nombre. Así es que la Sociedad de Farmacia de París, la de Ciencias y Bellas Artes de Montpellier, la de Agricultura, Comercio y Artes de Narbona le contaban en el número de sus corresponsales. Hoy figura su retrato en el techo del paraninfo de la Universidad central al lado de los más eminentes varones que han iluminado con el resplandor de su genio todos los ramos del saber.

Hé aquí, pues, á grandísimos rasgos bosquejada la vida científica de una de nuestras glorias nacionales. Sus discípulos, entre los que se cuentan naturalistas y químicos de gran talla, los cuales han podido más que nadie apreciar de cerca el inmenso valer del sabio español, pudieron muy bien decir el 15 de Noviembre de 1837, día en que espiró Carbonell: Hoy baja á la tumba una de las lumbreras científicas del primer tercio de nuestro siglo; hoy comienza para nosotros la obra de honrar á nuestro maestro enseñando al mundo que somos sus dignos discípulos.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

## UN PASEO POR MARRUECOS.

### XII.

Mogador, 25 Agosto 1875.

En mi última carta anuncié á usted que en ésta me ocuparía de los países independientes del Sur y y Guad-Nun, valiéndome para ello de las noticias que me han dado los indígenas y de las que yo mismo he podido adquirir en un viaje que el año pasado hice por mar á lo largo de la costa de Tekna, pues estoy convencido de lo necesario que es para los que entre nosotros se dedican al comercio el conocimiento exacto de estos países; pero nunca pensé que mi trabajo tuviera el mérito de la oportunidad, hasta que al recibir el correo veo entre los

\* Véanse los núms. 125, 124, 126, 128, 129 y 130, págs. 27, 48, 121, 168, 210 y 244.

periódicos, en un número del *Gibraltar Guardian*, del 20 del corriente mes, un suelto que dice así:

«El correo de Canarias, cuyas noticias alcanzan al 9 de este mes, dice se había iniciado el proyecto de una sociedad para establecer en la costa de África factorías comerciales situadas fuera del territorio de Marruecos, y entendiéndose la empresa con las tribus de Sahara.»

Es decir, que mientras yo me preparaba á encender un fósforo para alumbrar el camino, nuestros activos y emprendedores Canarios se disponen á entrar por una senda en la que de seguro han de encontrar inagotables manantiales.

Esto me anima á proseguir mi empezada tarea, y quizás con el modesto fósforo, que procuraré alzar todo lo que sea posible para que desde lejos se vea, otros con más dotes encenderán el faro que ha de iluminar los nuevos horizontes que preparan nuestros industriosos paisanos.

Pero no crea usted que será todo llegar y besar el santo; hay por el contrario grandes dificultades que vencer y no pocos peligros que arrostrar, siendo necesario, para que la empresa no fracase, mucho conocimiento del país, mucho tacto, mucha energía, unida á una gran prudencia, y con todo esto el apoyo decidido del Gobierno.

Pero dejando á un lado las lecciones que sin pedírmelas nadie me he metido á dar, volvamos lisa y llanamente á mi propósito, como si tal sociedad no se hubiera formado en Canarias, que después de todo no sería de extrañar, pues *grillas* más gordas que esa nos dispara cada día la prensa y se queda tan fresca, y nosotros, convencidos ó no, tan contentos como ántes.

Ya dije á usted, hablando de la fundación de Mogador, que las kábilas del campo de Agadir eran tan insubordinadas, que el emperador Mohamed, para castigarlas, había echado los cimientos de un nuevo puerto, cerrando el de Agadir al comercio, haciéndoles de esta suerte más pobres, porque producían más caro, pues los artículos del país, para encontrar venta, tenían que gravarse con un largo y costoso viaje, y con las mismas condiciones llegaban á sus manos los géneros de Europa.

Estas turbulentas kábilas están apostadas en la gran cordillera del Atlas, que surgiendo del mar en cabo Gir, sube inclinándose hácia el Noreste en una extensión de muchos grados hasta tropezar con las fronteras argelinas.

Tras de estas montañas empieza lo misterioso, lo desconocido; ellas son la pared que separa al mundo real del maravilloso jardín de las Hespérides.

Al Norte de las montañas están Marruecos, Mequinez, Fez y todos los puertos de que he hablado á usted durante la relación de mi viaje. Todos estos sitios han sido visitados por los europeos; la geo-



grafía los conoce en gran parte, y con más ó ménos oscuridad conservan su historia.

Al Sur de las montañas están Agadir, Tarudant, Tafiete, Tumbuctú, el desierto, lo desconocido, lo fabuloso. La geografía apenas se ha atrevido á marcar aquí y allí algunos puntos aislados; fuera del litoral no tenemos nociones precisas de la tierra, y su historia no es ya confusa, sino por completo desconocida.

Sin embargo, adheridas á los anales de Marruecos encontramos algunas páginas que, si bien no arrojan luz bastante para enseñarnos lo que fueron aquellos pueblos, podrán quizás en lo porvenir servir de base para estudios más serios.

Los bereberes habitaban el país cuando lo invadieron los árabes, y usted sabe con qué brío y tenacidad se resistieron á sufrir el yugo de los conquistadores.

Los descendientes de Soliman, hermano de Mohamed el *Probo*, se esparcieron por el Sur y penetraron hasta el Sus-el-Aksa, cuya capital era Tarudant y que se llamaba así para diferenciarla de Sus-el-Adna, que es el terreno comprendido entre los rios Moluya y Morveya, mientras que los límites de la primera, única que hoy conserva su nombre, eran Tedla y Gebel Derén.

De allí salió Edris para Tanger, disfrazado con un traje de lana y un turbante grosero, y poniéndose á la cabeza de la tribu de Guaraba, la más poderosa del Morgreb, fundó la dinastía de los Husenitas, y al año siguiente de su coronacion (789 de J. C.) emprendió una nueva campaña para someter los bereberes cristianos y judíos que estaban atrincherados en montañas é inaccesibles castillos, siendo tanta su constancia y pericia en el arte de la guerra, que los venció y degolló á los que no quisieron hacerse cristianos.

Por entónces los bereberes estaban en paz con los árabes, aun cuando segun parece se gobernaban aparte, pues en Rut-el-Cartas encuentro que mientras Khanza, la esposa de Edris, daba á luz al heredero del trono á la sazón vacante, el fiel esclavo Rachid estaba á la cabeza de los bereberes, los cuales le asesinaron el año 803 de nuestra era, reemplazándole en los negocios Aben Kabeb Ben Yezid Ben Elías el Hamudi, que en 20 dias obligó á las tribus bereberes á reconocer la soberanía de Edris.

El nuevo soberano, que no sabía hablar más que el árabe, excluyó á los bereberes de los honores y empleos públicos, teniéndolos durante su vida bastante sujetos.

A su muerte ocurrieron bastantes turbaciones en el Imperio, figurando en ellas los bereberes, que tan pronto ayudaban á un bando como al otro, logrando con esta conducta establecer su independendencia, pues ya en el reinado de Emir Hach Abu Hamet se go-

bernaban por sí en Sigilmesa, teniendo á su frente á Menader el Berebere.

Durante el reinado del Emir Hasen Ben Keumm imperaba en esta ciudad Ben Medrar el Safyrij, que pretendia ser Califa, se titulaba Emir de los creyentes y se hacía llamar *el Chaker Billah* (el reconocido á Dios), que fué muerto por Ismael el Rummy (el cristiano), general del verdadero Emir, el cual tomó á Sigilmesa y dispersó á las tribus berberiscas.

Estas, sin embargo, se refugiaron en el desierto, donde había un reino poderoso que ocupaba un espacio de país *de siete meses de marcha á lo largo, por cuatro meses de marcha á lo ancho*, cuyo primer rey fué Tlutan.

Sucedió á este poderoso rey el Emir Jeya Ben Omar, que en 447 se apoderó de todo el Sahara y la mayor parte de las poblaciones del Sudan, Sigilmesa y Draa.

Su hijo, primo del famoso Josef Ben Tachjin, invadió el país de Gesula, y se apoderó de las ciudades de Masa y Tarudant, con lo cual se hizo dueño del Sus, y extendió sus armas por toda la provincia de Marruecos, de modo que por segunda vez vemos á los Bereberes salir del desierto, unir las dispersas tribus é invadir el país ocupado por los conquistadores.

A éste sucedió Abu-Beker, que obligado á acudir al desierto por una insurrección de aquellas tribus, dejó el mando de las provincias de Marruecos á Josef Ben Tachjin, el cual, valiéndose de la ocasión, se alzó con el reino, dejando á Abu-Beker las provincias del Sahara, donde murió de un flechazo el año 1087 de J. C., por cuya causa Josef heredó todo el Imperio.

Durante el reinado de Alí, hijo de Josef, los del Sus se sublevaron de nuevo, y desde entónces fueron inútiles cuantos esfuerzos hicieron para someterlos los soberanos del África occidental.

Abu Dabus, famoso capitán almohada, queriendo alzarse con el Imperio, cuyo peso no podían soportar los débiles hombros de Alu Haffs, llamó en su ayuda á los belicosos Berberiscos, que sentaron, tras largas luchas, en el trono de Fez á su jefe Jusuf Jacob.

A la caída de los Benimerines se segregaron de nuevo las tribus Berberiscas del imperio Marroquí, declarándose independientes muchos Chekgs, formando pequeños Estados, entre los cuales los más notables fueron los de Sigilmesa y el Sus, de cuyo último punto se proclamó soberano un Sherif, el cual derrotó al rey de Fez en los campos de Bab-Cuba, donde murió luchando por ajena causa el desgraciado Boadil, último rey de Granada.

Dueños los Sherifes del campo, recobraron á Agadir, que con otras ciudades de la costa poseían los Portugueses, y establecieron su poder sobre



sólidas bases, extendiendo sus dominios Muley Hamet hasta los desiertos del Sahara, conquistando en varias campañas á Tegmarin, Tuat, Tumbuctú y otros puntos hasta las fronteras de Guinea.

Poco á poco, merced á las continuas luchas civiles que desgarraban el país, fueron los Bereberes sacudiendo el yugo de los conquistadores, hasta el punto de que el ilustrado Muley Soliman, al dar la libertad á todos los Cristianos cautivos en su Imperio, se comprometió tambien á rescatar los que cayesen en poder de los pueblos independientes del Sus y del desierto.

Esto lo confirma el artículo 18 del tratado de paz y comercio firmado el 28 de Mayo de 1767, y que voy á copiar, porque para más adelante importa saber cuáles han sido hace mucho tiempo las constantes aspiraciones de España. El citado artículo dice así:

«Su Majestad Imperial se aparta de deliberar sobre el establecimiento que S. M. C. quiere fundar al Sur del rio Nun, pues no puede hacerse responsable de los accidentes ó desgracias que sucedieren á causa de no llegar allá sus dominios y ser la gente que habita el país errante y feroz, que siempre ha ofendido y aprisionado á los Canarios. De Santa Cruz al Norte, S. M. Imperial concede á éstos y á los Españoles la pesca, sin permitir que ninguna otra nacion la ejecute en ninguna parte de la costa, que quedará enteramente por aquellos.»

En el artículo 22 del tratado de 1799 se comprometen los soberanos Marroquíes libertar las tripulaciones de los buques que tengan la desgracia de naufragar en el rio Nun y su costa, donde no ejerce dominio Su Majestad Marroquí.

Mientras esto sucedia por Marruecos, los Españoles habian descubierto y conquistado las Canarias, y vencida la resistencia de sus naturales, nuestros guerreros hacían entradas y correrías por las costas de Africa para proveerse de esclavos negros ó Berberiscos, que en la raza y color se paraban poco los soldados de Herrera, llegando á extenderse esta costumbre desde Lanzarote á las otras islas, en las cuales, al tomar carta de naturaleza, adquirieron tal importancia, que las expediciones de este género se organizaban en gran escala en Las Palmas, autorizadas por una Real cédula de 1505.

Antes de esto, D. Alonso de Lugo proyectó establecerse en la costa para más á mansalva hacer sus entradas por tierra de moros, y aún cuando parece que no pudo lograrlo, señaló el camino á D. Diego de Herrera, que, más afortunado, construyó una torre en Santa Cruz de Mar pequeña, que despues de haber pasado al dominio de la corona, fué mejorada y mejor fortificada por D. Alonso Fajardo, gobernador de la Gran Canaria en 1492.

En 1524 los moros arrasaron la torre, cuyas

ruinas se ven hoy en un sitio llamado Sebonia, cerca del rio Asaca, y, segun me ha dicho un moro de aquel país, á los habitantes de Sebonia los llaman *cristianos* para denostarlos, porque no sé con qué fundamento, suponen que descienden de los habitantes de la torre.

A fuerza de ser hechos esclavos, los Bereberes aprendieron de nosotros á traficar con carne humana, y desde entónces todos los que tenían la desgracia de naufragar en las costas por ellos dominadas, perdían la libertad, que no recobraban sino á costa de un crecido rescate, por lo cual estas playas eran y son aún hoy el terror de los navegantes.

El 30 de Mayo de 1819 naufragó, no léjos del cabo Bojador, la corbeta francesa *Sofia*, y presos sus tripulantes por los indígenas, fueron vendidos al Chekg de Guad Hun, llamado el Beiruk.

Este jefe, que debía ser algo más civilizado que sus paisanos, aspiraba abrir sus puertos al comercio europeo, librándose así del tributo que pagaba á Marruecos por el forzoso tránsito de las mercancías que mandaba y recibía de Europa por las tierras del Imperio; y al efecto, al paso que trataba del rescate de los cautivos, quiso entablar, por medio de uno ellos, relaciones con Francia; pero cuando los naufragos se vieron en libertad, no pensaron más en el Chekg Beiruk, cuya primera tentativa no tuvo resultado.

Diez y siete años más tarde, un nuevo viajero, un mártir de la ciencia, el inglés Davidson, que murió asesinado en las fronteras del desierto por la nómada tribu de Arib, aportó á Glimim (capital de Guad Nun) y fué recibido con gran agasajo por el Chekg Beiruk, que renovando sus planes, logró entusiasmar al sabio viajero, el cual decidió á su gobierno á mandar el *Scorpion*, de la marina real, con regalos consistentes en armas, telas de fabricacion inglesa, azúcar y té; pero la expedicion, que tuvo lugar en Diciembre de 1836, no dió resultado, á causa de los grandes temporales que sufrió, los cuales obligaron al *Scorpion* á regresar á Inglaterra con serias averías.

En 1837 reanudó el Beiruk las negociaciones con Francia por medio del cónsul en Mogador M. Delaporte, y despues de cuatro años vino á explorar la costa la cañonera *Malouine*, mandada por M. Bouët, el cual, como el *Scorpion*, no pudo comunicar con los de tierra.

En 1845 hicieron otra tentativa los franceses con el *Jóven Victor*, y al año siguiente nuestro gobierno, por medió de D. José Saenz de Urraca, trató con los naturales de Guad Nun, con los cuales queria comerciar D. Juan Cumella, no sé si con sus propios recursos ó con los de una sociedad por el estilo de la que anuncia el *Gibraltar Guardian*; y, por último, en 1853, por su cuenta, entró el Beiruk en



relaciones con la casa Altaras y Leon Cohen, de Marsella.

Alarmado Muley Aldherhaman, abuelo del Emperador reinante, por la insistencia que en realizar sus proyectos demostraba el Chekg, celebró con él un tratado, por el cual le concedió una casa en Mogador, donde se estableció una especie de Consulado de Guad Nun, y las dos terceras partes de los derechos que abonaran en esta aduana los productos de aquel país.

Casi al mismo tiempo murieron Aldherhaman y el Beiruk, sucediéndoles sus hijos Mohamed y el Jebib, entre los cuales no se conservó el acuerdo que habían hecho los padres, por lo cual en 1860 acudió el Jebib al gobierno inglés para que, interponiendo su influencia, hiciera que el emperador Mohamed volviera á poner en vigor el tratado; pero viendo que sus gestiones eran inútiles, envió un emisario á Tetuan ofreciendo á España que hostilizaría con sus tropas las fronteras del Sur de Marruecos á cambio de algunas ventajas comerciales.

Aun cuando se había hecho la paz á la llegada á nuestro cuartel general del emisario del Jebib, el duque de Tetuan lo recibió bien, y desde entonces trató el gobierno español de estrechar amistad con aquellas kábilas, las cuales, no contentas con el emperador, formaron una alianza para apoderarse de Agadir, si bien esto no se llevó á efecto por disensiones que ocurrieron entre ellas.

En 1867, unos negociantes españoles que habían comerciado años anteriores con Guad Nun fueron á Glimin, y el Jebib los privó de libertad, prolongándose el cautiverio hasta que el 16 de Setiembre del año pasado tuvo la dicha de arrancarlos de sus garras y devolverlos al seno de sus desconsoladas familias.

Hasta aquí, querido amigo, tiene usted en resumen la historia de estos países que la sociedad comercial formada en Canarias se propone explotar, no siendo culpa mía si no es más clara, sino de la falta de historiadores que hay en este país, y de que, careciendo de libros de consulta, escribo casi á ciegas y guiado sólo por alguno que otro apunte y las tradiciones que me cuentan los moros, en las que por cierto no tengo gran confianza.

J. ALVAREZ PEREZ.

(Concluirá.)

## LOS NUEVOS INVENTOS.

### El dinamógrafo.

M. Dudley, de Cleveland, Ohio (Estados-Unidos), acaba de inventar un instrumento que se llama dinamógrafo, ó más bien dinamógrafo, que es más etimológico, destinado á medir y trascribir sobre el papel la resistencia que experimentan los trenes. Indica al mismo tiempo el estado general de la vía y la potencia de la tracción. En un wagon que se coloca inmediatamente despues de la locomotora, se halla dispuesto un cilindro de acero lleno de aceite y provisto de dos pistones, uno de cuatro pulgadas y otro de una y cuarto de diámetro, ambos preparados de manera que pueden servir indiferentemente. La barra de tracción del wagon se extiende por detrás y obra directamente sobre el piston grande, que hace pasar el aceite del cilindro á otro cilindro pequeño, al cual está adaptado el piston chico. Este último pone en movimiento el pincel que anota sobre el papel el grado de fuerza desarrollada. El papel, que tiene 150 á 400 piés de longitud, señala un cuarto de pulgada por cada 100 piés de recorrido. Un cronógrafo eléctrico indica el tiempo cada  $7 \frac{1}{2}$  segundos.

\*\*\*

### La Salamandra.

En la Exposicion internacional de Higiene y Salvamento que se está celebrando en Bruselas, se han hecho diferentes experimentos de un aparato que ha inventado M. Osberg, capitán de la marina sueca, dándole el nombre de *Salamandra*.

El objeto de este aparato es que el hombre pueda aproximarse al fuego cuanto sea preciso, y aun penetrar en él utilizando metódicamente el agua que lleva consigo y evitando un consumo inútil del elemento protector. Compónese el aparato principalmente de un doble vestido que rodea el cuerpo. El vestido interior, en el cual circula el aire frío, es impermeable al aire y al agua. El segundo vestido está confeccionado de una tela porosa incesantemente empapado en agua por medio de un chorro continuo que mantiene alrededor del cuerpo y por igual una capa delgada de agua destinada á paralizar la acción del fuego. El aire se introduce en el vestido por medio de un tubo colocado en el tubo de agua y adaptado á una tapadera de tornillo que se lleva en la espalda. Mantiene el cuerpo fresco, sirve para la respiracion y sale por los agujeros oculares de la careta, lo cual preserva á los ojos de las llamas y del humo. Una válvula facial permite ensanchar ó disminuir los agujeros á voluntad del experimentador.

Una bomba ó una boca de riego suministra el agua



que se necesita, la cual entra por la parte superior del casco y desde allí se extiende inundando sin cesar el traje y manteniendo siempre fría la válvula de la careta. Además, el portador de la Salamandra lleva un tubo á su disposición.

Los experimentos hechos han dado magníficos resultados. Los expositores y concurrentes han visto á M. Osberg atravesar tranquilamente por en medio de las llamas durante algunos minutos. También han dejado satisfechos á todos, los experimentos hechos para demostrar la incombustibilidad de los tejidos preparados de cierta manera, y la posibilidad de penetrar en sitios llenos de humo ó de gases moféticos por medio de caretas ingeniosas y admirablemente construidas.

\*\*\*

#### Nuevo combustible sin humo.

Ha empezado á fabricarse en Breton-Ferry, en las cercanías de Bristol, un aglomerado que arde sin producir humo. El nuevo procedimiento, inventado por un químico francés establecido en Inglaterra, M. Vassart, consiste en sustituir el silicato de sosa al coaltar que se emplea ordinariamente para aglutinar los polvos de la hulla ó los carbones menudos. Los ensayos hechos en las máquinas de buques han demostrado que las nuevas briguetas tienen las ventajas de ocupar el menor espacio posible, lo cual es muy importante en el mar, no producir humo, no absorber humedad en la cala, resistir á los choques ordinarios, no desleirse ni producir polvo al contacto del agua ó del frote, y dar muchísimo calor, y, por lo tanto, vapor con pocos residuos.

\*\*\*

#### Bujías higiénicas purificadoras.

La ciencia ha demostrado suficientemente que el aire viciado por los miasmas humanos, animales ó vegetales, es la causa de todas las enfermedades contagiosas, y que la insalubridad del aire del exterior ó de las habitaciones modifica desfavorablemente la constitución del hombre, ó le produce abierta enfermedad.

El aire impuro contiene vibriones, insectos microscópicos, esporos de criptógamas, infusorios reducidos á polvo por el desecamiento de los líquidos, bacterios que transmiten de persona á persona todos los gérmenes de las numerosas afecciones á que estamos sujetos. De aquí se deduce la importancia higiénica de los antisépticos.

Las habitaciones cuyo aire se vicia por su moradores apenas tienen medios de saneamiento, como no sea la aereación exterior que no siempre es conveniente ó no se hace por descuido y negligencia; y

para obviar esta dificultad el doctor Quarante ha inventado una bujía que purifica el aire al mismo tiempo que alumbra. Para conseguir este resultado incorpora en la materia grasa de la bujía un *antiséptico*, cuyos efectos son los siguientes: la parte más cercana á la mecha se quema suministrando oxígeno á la mecha y aumentando la luz; la otra parte mezclada en el sebo ó estearina se volatiliza sin producir más que un olor inapreciable, y destruye los miasmas contenidos en el aire.

La densidad y la blancura de la bujía no se alteran de ningún modo, y el precio módico del antiséptico (dos reales cada 100 kilos) permite conservar á las bujías higiénicas el mismo precio que á las demás. El inventor ha pedido y obtenido privilegio en varias naciones, y sin duda por esto, y para obtener resultados comerciales de su invención, no explica la naturaleza del antiséptico ni da más detalles de los que dejamos consignados. De todos modos, la invención es de gran importancia higiénica si produce los resultados que le atribuye su autor.

## CRÓNICA CIENTÍFICA.

### EL FRÍO NOCTURNO.

Se ha insistido en diferentes veces, y con razón, sobre la importancia del estudio del frío nocturno para la agricultura. M. Carlos Martins ha hecho constar que, durante la noche, el frío disminuye á medida que se eleva á cierta altura.

Este fenómeno había sido ya indicado por varios observadores; pero M. Martins ha hecho un estudio especial de él en Montpellier, escalonando termómetros desde el suelo del Jardín de Plantas hasta la veleta de la torre de la catedral, ó sea una altura de 59 metros.

Según los experimentos hechos por el autor, aumenta rápidamente la temperatura en cualquier elevación en las noches serenas. En las noches nubladas apenas se observa diferencia alguna. Estudiando las noches serenas de todo el año, se ha visto que el aumento ha sido de 5°,26 por 50 metros. En las noches cubiertas ha sido sólo el aumento de 1°,07 en la misma diferencia de nivel. La misma ley se extiende á los meses más fríos, Diciembre, Enero y Febrero; así es que en Montpellier, durante las noches serenas del invierno, con temperaturas inferiores á cero, el aumento ha sido de 4°,70 por 50 metros, y 1°,47 en las noches nubladas. El aumento empieza á ser muy rápido á partir del suelo, pero es ménos pronunciado á partir de cierta altura.



Considerando el invierno de un modo general, y tomando el conjunto de todas las noches, se encuentra 3°,89 de aumento medio nocturno en 50 metros, lo cual da 0°,004 por metro. En los seis primeros metros, á partir del suelo, el aumento ha sido de 1°,91, ó sea 0°,34 por metro.

Las consecuencias de este aumento de temperatura con la altura explican por qué en los inviernos rigurosos, los árboles ó arbustos delicados, sufren en sus ramas inferiores, las que se acercan al suelo, y por qué los valles bajos son siempre más frios que las pendientes, las laderas y las mesetas de las colinas.

Ciertos agricultores atribuyen á la humedad los daños que experimentan cultivos diversos en los valles bajos y en las depresiones del suelo en las llanuras; pero esta humedad, que parece revelar la presencia de nieblas locales, no es más que la consecuencia de la baja temperatura en la proximidad del suelo. Su influencia puede añadirse á la acción del frío y agrabarla; pero no es la causa primera del mal demostrada por la agricultura.

Las observaciones de M. Carlos Martins, consignadas en el *Journal d'agriculture pratique*, son, como se ve, de gran importancia para los cultivadores.

LUIS FIGUIER.

## CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

LA INSTRUCCION PÚBLICA EN LA EXPOSICION.—LAS COLONIAS INGLÉSA.  
—LOS ADELANTOS DEL IMPERIO RUSO.—LAS ESCUELAS MODELOS DE NORUEGA.—EL SERVICIO DE CORREOS EN LA EXPOSICION.—LA MÁQUINA DE HACER SOBRES.

La instrucción pública tiene siempre merecida importancia, y á su mejora y desarrollo se dedican modernamente los esfuerzos de todos los gobiernos; así es que las Exposiciones universales vienen ya presentando hace algun tiempo novedades y adelantos dignos de consignarse. La de Filadelfia ofrece algun interés en este punto, y en la imposibilidad de hacer un estudio detenido y comparativo de este importante ramo, vamos á indicar ligeramente lo que presentan algunas naciones y á dar somera idea de algunos sistemas, conforme vayamos teniendo noticias exactas y directas.

Inglaterra no presenta nada de importancia, pero sí sus colonias, en cuyas instalaciones se ven cosas notables. La provincia de Ontario, en el Canadá, se distingue por sus escuelas modelos que, desde hace muchos años, se esfuerzan en perfeccionar. Los cuadros, los mapas, los dibujos y demás objetos que allí se destinan á la enseñanza, se exhiben con un

orden lógico admirable y facilitan al observador los medios de estudiar mejor el sistema empleado en aquella parte de los dominios de la Gran Bretaña.

Diseminadas como están las escuelas por los campos y en las ciudades, los resultados que han producido son beneficiosos para aquellas poblaciones, á juzgar por los datos estadísticos que se exponen. La enseñanza superior en la ciudad de Quebec está representada por 25 modelos de colegios y conventos, cuyos edificios son espaciosos, bien ventilados y están rodeados de jardines y pintorescos prados. La educación en aquella provincia es obligatoria, y los padres de familia que no mandan sus hijos á las escuelas públicas son multados, ó encarcelados si la multa no se paga. Lectura, fisiología, matemáticas, historia, etc., son los ramos principales del estudio. En las escuelas superiores se enseñan los clásicos y las lenguas modernas. Las rentas de todos estos establecimientos varían de 12.000 á 50.000 pesos, incluyendo los terrenos que el gobierno les ha dado. Tiene también el Canadá institutos para los ciegos y sordo-mudos, para los mecánicos y agricultores.

Los datos correspondientes á la isla de Jamaina no han llegado aún; pero se sabe que el gobierno británico gasta allí una regular suma al año en el sostenimiento de sus escuelas, y que aunque la educación no es obligatoria, la asistencia de los niños es notable, sobre todo la de los de color, los cuales se muestran ávidos de aprender algo que los ilustre.

En el Cabo de Buena Esperanza hay también algunas escuelas subvencionadas por el gobierno de la metrópoli, y al muchacho que quiere ser herrero, carpintero, sastre, etc., se le dan 75 pesos al año.

\*\*\*

Generalmente los que visitan la sección rusa tienen la idea de que en ella no encontrarán nada en materia de instrucción pública, creyendo, sin duda, que aquel pueblo vive todavía en la mayor ignorancia. No es así, sin embargo; y el que se fije en lo que el gobierno moscovita ha enviado relacionado con la enseñanza que allí se da, verá que son dignos de elogio los esfuerzos que aquel coloso del Norte hace por ilustrar á sus súbditos.

Las materias de enseñanza son su religión, matemáticas, historia natural en todos sus ramos, geografía, higiene, etc. Los mapas en bajo-relieves, los álbums de pinturas históricas y otros objetos dan una idea de los progresos alcanzados por el pueblo de aquella nación en su parte intelectual.

Las escuelas públicas están divididas en militares



y civiles, bajo la dirección del ministro de Instrucción. Las primeras se subdividen en preparatorias, á las cuales asisten niños de 10 á 14 años, y en ellas viven los hijos de los militares; en gimnasios para muchachos de 12 á 17 años; en colegios militares para jóvenes de 17 á 21 años y en los cuales se califica la aptitud del alumno para entrar de oficial en el ejército. En estos colegios el estudio del francés y del alemán es obligatorio. Cerca de 600 jóvenes salen todos los años de estos colegios para seguir la carrera de las armas, ó para alistarse en el cuerpo de ingenieros.

Las demás escuelas son públicas y privadas, siendo las primeras costeadas por el Tesoro del Imperio. En 1853 sólo había en aquel vasto territorio 3.000 de estas escuelas primarias; pero en 1863 su número aumentó á 35.000. Desde entonces acá se hacen esfuerzos por establecerlas en cada distrito, y con tal objeto el gobierno protege las escuelas normales. Hay también escuelas gratuitas para los artesanos, las cuales están abiertas los sábados y los domingos, y en ellas se enseña á leer y á escribir, y el dibujo lineal. Durante el invierno se dan en las capitales lecciones orales al pueblo, ilustradas con cuadros y otros objetos. De modo que el siervo ruso emancipado tiene á su disposición todas las escuelas, desde la primaria hasta la superior, para nutrir su espíritu con el pan de la instrucción.

\*\*\*

Noruega ha enviado un modelo de sus escuelas públicas, en el cual se ven arreglados los asientos, las carpetas, los tinteros, los libros, etc. En aquel país es obligatoria, hasta cierto punto, la asistencia á las escuelas, pues se exige á los niños que concurren á ellas durante nueve ó doce semanas en el año, hasta que sepan leer y escribir y tengan alguna instrucción religiosa. Había en 1867, 32.600 niños en las escuelas públicas, que recibían lecciones de lectura, geografía, historia, dibujo, etc. Todas las escuelas están bajo la vigilancia de la Iglesia y á ellas asisten los hijos de los pobres y de la clase media, porque los de los acaudalados prefieren los establecimientos particulares.

Hay también en Noruega Universidades públicas, muchos asilos para niños, y academias de agricultura, de náutica, de marina y militares, así como también escuelas para la gente del campo, á la que se le instruye durante la estación del invierno en historia, geografía y religión.

\*\*\*

Otro día continuaremos dando cuenta de lo que otras potencias exponen relativamente á la instrucción pública. Hoy debemos comunicar á nuestros

lectores curiosísimas noticias sobre el servicio de correos en la Exposición, el cual se halla establecido en el mismo edificio que contiene exclusivamente los objetos gubernamentales de los Estados-Unidos. Es á la vez una oficina de correos en actividad y una exposición propiamente dicha. Se llama *Sucursal de la administración de correos de Filadelfia en el Centenario*.

Hay 1.654 cajas para cartas, hechas exactamente por el modelo de las que se han establecido recientemente en Nueva-York, y son elegantísimas; en su parte superior tiene cada una como emblema una paloma viajera con un pliego cerrado en el pico. Allí se expiden letras y libranzas para todas las partes del mundo.

Los buzones establecidos en los edificios de la Exposición y en todo el terreno del Centenario se abren cada hora y se reparte con la mayor exactitud la correspondencia dirigida á los expositores y á toda clase de personas, á las señas que indiquen los sobres ó á las mismas instalaciones de los expositores si no se pone más que el nombre.

A la izquierda de la oficina funciona una elegante máquina, puesta en movimiento por una joven, para hacer sobres provistos de sellos que se llaman *Sobres del Centenario*, que compra todo el que quiere.

No lejos están en vistosos escaparates y presentados en orden simétrico las diferentes clases de sellos de correos de los Estados-Unidos; sobres de todos los tamaños y formas con sus sellos; las balanzas que se usan en el servicio de correos; los buzones que se colocan en las calles; las cajas que llevan los carteros con sus diferentes sistemas de cerraduras; los libros, los formularios y las instrucciones para el servicio de correos.

Las paredes están cubiertas de enormes sacos y maletas para cartas. En un lado se ven mapas admirablemente hechos de los correos de la Unión americana, aislados ó reunidos en atlas; en otro un gran mapa mural con el servicio postal de los ferrocarriles, ante cuyas distancias se queda uno maravillado.

Una curiosidad histórica de esta sección es el libro de correos llevado por Benjamin Franklin, primer administrador general de Correos en los Estados-Unidos, cuyo libro termina en 5 de Octubre de 1776.

A. LEON.